

**BERMEJO, Benito y CHECA, Sandra, 2006: Libro memorial. Españoles deportados a los campos nazis (1940-1945).** Madrid, Ministerio de Cultura, 588 páginas.

Hay varias clases de libros: poesía para leer unos minutos (Bécquer, Machado), ensayos de varias horas (Ortega y Gasset), novelas durante días (*Don Quijote de la Mancha, La Regenta*), tomos de historia para meses (Juan de Mariana, Modesto Lafuente), diccionarios que duran años (Lázaro Carreter) y repertorios (Ossorio y Bernard, Alenda, Hartzzenbusch, Ruiz Cabriada, Simón Díaz, Aguilar Piñal, Cadenas y Vicent...) obras que no son para leer, sino para consultar con frecuencia. El *Libro memorial* es un repertorio de 7694 fichas biográficas de españoles que trabajaron en Francia (1939-1940) y fueron deportados por los alemanes en 1940-45.

Bastantes españoles -hombres y mujeres- colaboraron con la resistencia de los franceses contra los alemanes; se les pueden llamar patriotas. Muchos estuvieron encarcelados en París, Estrasburgo, Angulema, Lyon, Burdeos, Toulouse, Besançon y Compiègne. Después, las principales prisiones o campos de trabajo fueron Mauthausen, Dachau, Gusen, Schandelah, Auschwitz, Fallersleben, Neuengamme, Kempten, Allach, Hartheim, Trier, Linz y Steyr. Hay muchas películas que muestran los trabajos forzosos de los prisioneros hasta la muerte o la liberación. Se pueden recordar tres películas en la guerra mundial: “El pianista” de Roman Polanski, “El puente sobre el río Kwai” de David Lean y “La vida es bella” de Roberto Benigni. De vez en cuando, conviene recordar la prisión, el intento de fuga, la muerte y la libertad en 1945.

Entre los casi ocho mil setecientos españoles se encuentran siete periodistas:

- Benigno Bejarano Cruz (Alburquerque, 1895-Alemania, 1944) firmaba con tres seudónimos *España Nueva, El Progreso, Solidaridad Obrera y Cultura Libertaria*.
- Fermín Cristóbal López (Sepúlveda, 1894-Dachau, 1945) fue redactor de *El Adelantado de Segovia* y *Heraldo Segoviano* y director de *Tierra Castellana* en 1932, detenido en Burdeos en 1944.
- Ignacio Iglesias Suárez (Sama de Langreo, 1912), fundador del POUM en 1935, redactor de *La Nueva Era* y *La Batalla* en Barcelona, 1936-37, exiliado en Francia, deportado por los alemanes en Dachau hasta la liberación en 1945.
- Francisco Largo Caballero (Madrid, 1869-París, 1946), estudió con los Escolapios, encuadernador y cordelero, albañil del estuco hasta 1904, sindicalista de la UGT, ministro de Trabajo en 1931, colaborador de *El Socialista* y *Heraldo de Madrid*, jefe del gobierno en 1936-37, detenido por la policía francesa y entregado a la Gestapo en París, 1944 y liberado en Sachsenhausen, 1945.
- Pedro Monterde Badiola (Molina de Aragón, 1894-Steyr, 1944), redactor del decenario *Voz de Molina*, 1928-31, prisionero en Burdeos y deportado.

- Jaime Rabassa (Palma de Mallorca, 1889-Buchenwald, 1944) director del semanario *El Obrero Balear*, Palma, 1931-36; exiliado en Francia desde 1939 y detenido por la Gestapo, 1943.
- Jorge Semprún Maura (Madrid, 1923), nieto de Antonio Maura, de familia republicana, detenido en 1944 y deportado, liberado en 1945, fue del Partido Comunista de España, ministro de Cultura y reside en París.

En la introducción dicen los autores que en una lista de los 430 españoles llegados a Mauthausen se indica que su oficio es “jornalero”. La mayoría trabajarían en el campo (cosecha del trigo, vendimia), pero también trabajarían como menestrales, es decir, artesanos: albañiles, carpinteros, fontaneros, pescadores, tipógrafos, mineros... y soldados. Se encuentran biografías de algunos hermanos: maestros, profesores, periodistas, vendedores, conductores y comerciantes. Por lo tanto, la mayoría de los españoles deportados habían trabajado en la agricultura y tenían que picar piedras o adoquines para realizar carreteras alemanas o vías férreas. En las cárceles también fabricaban cartucheras, balas de plomo en el crisol y armas.

El trabajo de estos casi 8700 deportados era muy duro, con poco alimento. Se añaden las enfermedades, el fallecimiento por el frío, el intento de fuga. Muy pocos fueron liberados en 1945, menos de un veinte por ciento de los españoles. Poquísimos se evadieron, no se sabe su final.

Tres clases de españoles se encontraban en 1940-1945: los vencedores en la península, los deportados en Alemania y los exiliados en México y otros países. Entre los tres grupos, los más desconocidos son los prisioneros. Los autores del *Libro memorial* indican que en 1945 un centenar de españoles liberados se quedaron en Austria; otros viajaron a Francia y unos pocos marcharon a América como exiliados. Muy pocos volvieron a España.

Un gran acierto es indicar en un repertorio las fechas de nacimiento de miles de españoles. Muchas veces es posible localizar la fecha de fallecimiento. Es muchísimo más difícil el final de la vida de unos 1500 españoles liberados. Lo mismo sucede en el *Catálogo de periodistas españoles del siglo XX*: muchos escritores abandonan la capital y se retiran a los pueblos o a las playas mediterráneas donde nadie recuerda el fallecimiento.

Entre los deportados aparecen algunos extranjeros de Andorra (3), Argelia (12), Argentina (11), Cuba (5), Francia (97), Grecia (3), Italia (25), Marruecos (6), México (3), Polonia (3), Portugal (5) Yugoslavia (15) y otras nacionalidades. Se ve que en la prisión los españoles se hicieron amigos de los demás, quizá enseñaron su idioma. Llama la atención que muchos franceses y polacos fueron liberados en 1941.

Lo más importante de este libro memorial no son los apellidos famosos, sino las fichas de muchos Álvarez (31), Díaz (53), Domínguez (21), Fernández (137), García (292), Giménez (59), Gómez (77), González (112), Gutiérrez (24), Hernández (61), López (164), Martínez (173), Muñoz (46), Ortiz (19), Pérez (141), Rodríguez (129),

Ruiz (75), Sánchez (144) y Suárez (23)... son miles de españoles desconocidos y que merecen un recuerdo.

Muchos españoles desconocen sus cuatro abuelos. Yo solamente conocí una abuela materna que enseñaba pajaritas como Unamuno. Es frecuente reñir con los padres y acercarse a los abuelos. El árbol genealógico es un trabajo muy interesante. En los archivos y en los repertorios se puede investigar la biografía de los antecesores. Más de ocho mil fichas de españoles deportados del siglo XX puede ser un comienzo. A veces no se encuentra un abuelo, pero aparece un familiar con los mismos apellidos.

Hubo dos épocas distintas en el campo de Mauthausen (Austria): durante 1942 fallecieron muchos españoles porque los alemanes creían que iban a ganar; pero en 1944 no se sabía quién iba a ganar la guerra y los alemanes cuidaban mejor a los prisioneros para que trabajasen en la fábrica de armas sin que muriesen. En España pasó igual: en 1942 hubo algunos profesores y periodistas nazis (nacional-socialistas); pero ya en 1945 empezaron a abandonar el alemán y estudiaron el inglés. Algunos austriacos pudieron huir a Suiza, como hicieron en *La familia Trapp*, famoso musical (Sonrisas y lágrimas) y la película dirigida por Wolfgang Liebeneiner. Al final de esta película se entona la canción de la flor de las nieves, Edelweiss (*Leontopodium alpinum*), símbolo de belleza en las montañas europeas más altas. Para leer el *Libro memorial* hay que hacer un esfuerzo, para conocer los abuelos de la familia.

Antonio LÓPEZ DE ZUAZO

Universidad Complutense de Madrid

**BOIX PALOP, Andrés y LÓPEZ GARCÍA, Guillermo (Editores), 2006:**  
*La autoría en la era digital: industria cultural y medios de comunicación.* Valencia, Tirant lo Blanch, 364 páginas.

En poco más de una década Internet ha multiplicado nuestras posibilidades comunicativas y ha ampliado enormemente las propuestas informativas de los medios de comunicación. Han surgido nuevos soportes, ha aumentado la velocidad de transmisión y desde cualquier parte del mundo se puede acceder a las noticias sin más barreras que las tecnológicas. En este contexto, esta obra colectiva, escrita por profesores de las universidades de Valencia y Alicante y que recoge los resultados de un proyecto I+D financiado por la Generalitat Valenciana, aborda una cuestión de especial relevancia en el ciberespacio que, sin embargo, está todavía poco analizada: los derechos de autor. Y los estudian tanto desde la perspectiva de la comunicación y la informática como desde el punto de vista de la normativa, porque la realidad es que estamos ante un concepto de autoría distinto del tradicional y al que no se le pueden aplicar los esquemas que hemos manejado hasta ahora.

Los autores parten de la dificultad de interpretar de forma ajustada tantas características, procesos y mutaciones que se producen en la Red sin contar con unos cimientos adecuados, y dividen su trabajo en las tres partes apuntadas. En la primera se centran en el marco tecnológico -estableciendo el desarrollo de la digitalización-, y en el marco mediático, explicando las consecuencias que trae consigo la implantación de un modelo comunicativo sin intermediarios, el paso de una comunicación vertical, jerarquizada y unidireccional a otra de tipo horizontal que fluye en múltiples direcciones.

El segundo bloque se detiene en la empresa periodística, en la crisis de la industria de la información en lo que se refiere al modelo de negocio y a la estructuración del mercado. Es evidente el aumento del número de soportes, pero también lo son las dificultades que surgen en este amplio espacio: la expansión del *software* libre y su repercusión en la relación que se establece entre autoría y compilación del conocimiento, los problemas que tiene que afrontar la industria al perder su monopolio en el suministro de bienes culturales y la dificultad –imposibilidad, en muchos casos-, de controlar las copias, la aparición de formas diferentes para la regulación de los contenidos de pago, etc. Y ante esta situación se insiste en que el Derecho debe responder con una adaptación coherente que defienda aquellos valores y derechos que se consideran importantes en una sociedad democrática. El último capítulo se refiere a otra cuestión candente: el estatuto de los creadores de contenidos digitales y las dificultades que se pueden presentar cuando esos contenidos provienen de usuarios no profesionales.

En la tercera parte se abordan los nuevos fenómenos comunicativos, comenzando por los cambios en los modelos de negocio tradicionales para poder competir en un mercado duro y permanentemente expansivo, así como sus repercusiones jurídicas.

También se hace una descripción de los selectores de información tanto cualitativa –los *press clippings*–, como cuantitativa –los buscadores–, se incide en los llamados “confidenciales” y se analiza el intercambio de contenidos digitales.

Una obra, en definitiva, con un contenido actual e interesante que, si no siempre puede mostrar las soluciones de los problemas que muestra, los determina con exactitud y deja a la vista las debilidades de este aparentemente sólido marco comunicativo digital. No se puede dejar de apuntar, sin embargo, cierta dispersión en los contenidos y alguna repetición en los conceptos que no facilitan la lectura, probablemente como consecuencia del carácter interdisciplinario que se ha querido imponer a este texto. Pero aún así, es un libro que aporta una visión global del ciberespacio tal como ahora lo vemos, y que plantea valientemente las contradicciones que, a corto y a medio plazo se pueden presentar.

Concha EDO BOLÓS

Universidad Complutense de Madrid

**CHÉJOV, Antón P.**, 2005: *La isla de Sajalín*. Trad., Introducción y Notas de Víctor Gallego Ballester. Barcelona, Editorial Alba Clásica Mayor, 447 páginas.

Antón Paulovich Chéjov (1860-1904) tenía 30 años y una tuberculosis pulmonar, era médico y ya un escritor cuando emprendió el viaje a la isla de Sajalín, un lugar situado en el extremo de Siberia, entre la península de Kamchatka y el archipiélago de Japón, en el mar de Ojotsk. Guarda la entrada de la desembocadura del río Amur. El fin del mundo. Uno de los infiernos gélidos e indomables de este planeta. Y por eso allí había un penal donde se deportaba a presos políticos y a los criminales reincidentes del imperio ruso.

Chéjov tardó casi tres meses en llegar a Sajalín. Y pasó en la isla otros tres meses y tres días visitando las cárceles, las colonias de los penados y carceleros, hablando con los seres humanos que fueron allí arrojados, explorando todo su territorio, y observando con una empatía lejana a ningún sentimiento de superioridad a las poblaciones nativas de ainos y guiliacos. Se detuvo también en las bellezas de la isla y en su tundra inhabitable, en su historia, en la flora y la fauna, en la orografía y en el clima. *La isla de Sajalín* no fue pensada como una obra literaria sino científica, analítica, de observación rigurosa, objetiva. Quiso ser una tesis doctoral para la culminación de los estudios de Medicina de Chéjov, algo que no logró porque no fue aceptada. Pero fue mucho más: un testimonio con voluntad objetivista sobre una realidad que había que contar. Es decir, un gran reportaje.

Hay que alegrarse por la edición de esta obra de la editorial Alba y por la exquisita traducción, la buena introducción y las excelentes notas de Víctor Gallego Ballester. Hubo en 1998 otra edición, traducida también por Gallego, de Ediciones Ostrov. No conocí esta primera, de modo que no puedo comparar. La edición de Alba es magnífica en todos los criterios editoriales.

*La isla de Sajalín* es la obra a la que Chéjov dedicó más tiempo y esfuerzo. Y puede ser que marcara de forma definitiva su carácter y alimentara su escepticismo (aunque yo preferiría hablar en el caso de Chéjov de auténtico estoicismo). Puede ser que Sajalín fuera el germen de sus maravillosos relatos, el principio de su interés por observar al ser humano con distancia, sin juzgarlo, mostrándolo. La crítica que contiene *La isla de Sajalín* al sistema represivo del zarismo es la más efectiva que pudiera haberse realizado: por la técnica de la “mostración”, es decir, ese modo periodístico de hacer que el lector se olvide de quien le cuenta porque lo que importa es hacerle ver una realidad. El lector viaja virtualmente allí, a Sajalín, y escucha y ve a los condenados al infierno. Siente el frío y la desolación más inimaginables, la impiedad y la crueldad, la impotencia de las fugas fallidas, la tundra inhóspita, el martirio de los mosquitos, las enfermedades. Siente qué es la privación de alimento y la privación de calor y afecto; comprende qué es eso de la capacidad de adaptación y supervivencia de los seres humanos, también la capacidad infinita de esperanza.

Comprende que las grandes palabras que alimentan lo que llamamos moral, ética o estética (verdad, belleza, amor, fraternidad, libertad...) no son más que construcciones culturales que se han podido realizar en óptimas condiciones; y que tienen escaso sentido cuando sólo queda la lucha por sobrevivir como sea.

Siempre he admirado a Antón Chéjov, una admiración de lectora empedernida y celosa de su maestría, de su altura inalcanzable como escritor y como ser humano. Los personajes de sus relatos los he ido encontrando a lo largo de la vida. Y me ha enseñado a valorar por encima de todo ese distanciamiento leve, elegante, respetuoso, en su escritura. Chéjov me ha invitado a entrar en fragmentos de existencias ajenas, suavemente, diciéndome: tuya es la conclusión. Yo sólo la muestro como puedo, lo mejor que puedo.

He sido periodista y ahora enseño periodismo. Mi maestro Chéjov me recuerda que es inútil pontificar, teorizar en exceso. Muéstralo. Muestra el rigor: describe bien. Muestra lo que pasa: crea la escena. Muestra cómo son estos hombres y mujeres: obsérvalos, escúchalos. Explica contextos, brevemente, lo necesario, lo justo. Un detalle bien observado y descrito evita y suple cualquier clase de juicio, cualquier dosis sobrante de sentimentalismo. Evita el moralismo barato. Por ejemplo, en Sajalín hay niños, pocos, porque Sajalín es la definición de lo evitable, es la obligación de la huida. Y Chéjov tiene que hablar de esos niños que viven en la desgracia más cruel. Elijo estos fragmentos precisamente porque la cuestión infantil es siempre una realidad sobrada de juicios de valor y de lamentaciones en la mayoría de los escritores y periodistas que tienen que abordarla. Son tres extractos del mismo capítulo, el XVII, titulado “Composición de la población por edad. La situación familiar de los exiliados. Matrimonios. Natalidad. Los niños de Sajalín”. Tres fragmentos diferentes para contar la realidad de estos niños de la isla de Sajalín:

“Cada nuevo nacimiento es recibido con frialdad en la familia. Junto a la cuna no se cantan canciones, sólo se oyen amargos lamentos. Padres y madres dicen que no tienen con qué alimentar a sus hijos, que éstos no aprenderán nada bueno en Sajalín y que “lo mejor será que dios misericordioso se los llevara lo antes posible”. Si el niño llora o hace alguna travesura, se le grita con rabia: “¡Cállate o te mato!”. (P. 284)

“Al recorrer las isbas de Verjni Armudán, entré en una en la que no había ningún adulto. Sólo encontré a un niño de diez años, de cabellos rubios, cargado de espaldas, descalzo; su pálido rostro, cubierto de grandes pecas, parecía de mármol.

-¿Cuál es el patronímico de tu padre?

-No lo sé- me respondió.

-¿Cómo es posible? ¿Vives con tu padre y no sabes cómo se llama? Debería darte vergüenza.

-No es mi verdadero padre.

-¿Cómo que no es tu verdadero padre?

-Es el cohabitante de mi madre.

-¿Tu madre está casada o es viuda?

-Viuda. Vino aquí por su marido.

-¿A qué te refieres?

-Ella lo mató.

-¿Te acuerdas de tu padre?

-No. Soy ilegítimo. Mi madre me dio a luz en Kara (pp.285-286)

“Los niños de Sajalín son pálidos, delgados, indolentes. Van vestidos con harapos y siempre están hambrientos. Como el lector verá más adelante, mueren casi siempre de enfermedades intestinales. Viven acosados por el hambre; a veces, durante meses enteros sólo se alimentan de nabos o, en las familias más acomodadas, de pescado salado. Las bajas temperaturas y la humedad destruyen el organismo infantil, llevándolo a la extenuación, a una degeneración lenta de todos los tejidos” (p 286).

La objetividad. Aquí la tenemos no como disfraz sino como necesidad. Es objetivo todo lo que relata Chéjov: ofrece datos, contextos, detalles significativos, secuencias, descripciones. Ofrece un trabajo comprometido con la búsqueda de la realidad. No juzga, no valora, el relato de lo que encuentra es suficiente. Y precisamente porque la realidad con la que se topa es demasiado áspera, Chéjov opta por desaparecer como sujeto narrativo. Su trabajo es hacer ver, hacer comprender por las palabras que muestran, desnudas, como renunciando al estilo. Es lo que he llamado en mi libro *Periodismo y sentido de la realidad* (Fragua, 2005) el objetivismo literario, tomando a varios autores y periodistas como modelos.

Chéjov no consideró su *isla de Sajalín* como obra literaria, sino como una investigación social. Al llegar a Sajalín llevaba una acreditación de periodista que le permitía hablar con los presos, excepto con los políticos. Aún así, se las arregló para visitarlos. Elaboró unas fichas con preguntas e hizo imprimir 10.000 copias. Visitó las cárceles y colonias de la isla y elaboró un censo de población. Investigó las condiciones de vida en la colonia penitenciaria: alimentación, la inhumanidad de las celdas, los trabajos de los colonos y presos, el estado de los hospitales, la actuación de carceleros y autoridades. Dedicó una atención muy especial a la situación de las mujeres, tanto de las presas como de las que llegaron a Sajalín siguiendo el destino de sus maridos condenados. Describió la descomposición de la vida familiar en las situaciones límites de la isla. Explora la isla, cuenta su historia y también se detiene compasivamente en la existencia de los oriundos isleños, guiliacos y ainos.

Relata Víctor Gallego en la Introducción que las consecuencias de todo este empeño del escritor ruso de relatar (solo relatar) los hechos escandalosos (incluso para la moral de la época) “motivaron la apertura de una investigación oficial, probablemente de escasas consecuencias prácticas; no obstante, Chéjov había conseguido su objetivo: lograr que la opinión pública fijara su atención en la isla de Sajalín y en las condiciones de vida de los presos. Poco a poco, muchos aspectos siniestros de la vida de los exiliados fueron mejorando y algunas prácticas especialmente odiosas se erradicaron



para siempre. Así, en 1893 se prohibieron los castigos corporales a mujeres; en 1895 el Estado asignó una suma para el mantenimiento de los orfanatos; en 1899 desaparecieron el exilio de por vida y las condenas a cadena perpetua; en 1903 se suprimieron los latigazos y las cabezas afeitadas”.

Con todo ello, no es entendible que esta obra de Chéjov no figure como la más importante precursora de lo que mucho más tarde se ha venido en llamar periodismo de investigación. Este gran reportaje debería leerse y analizarse en todas las facultades donde se enseñe periodismo. Por todo: por el método, por el rigor, por el lenguaje, por la objetividad y el objetivismo literario, por su honradez, por su dignidad humana y profesional. Por su exquisita escritura que logra el interés humano sin hurgar morbosamente en tanto sufrimiento y tanto mal. Logra la empatía. El libro, además, contiene impresionantes fotografías de las cárceles, de los presos, de los nativos. Hay una que conmueve por su composición y su desolada realidad: la llegada a Sajalín de una mujer exiliada (p. 268). Pero, a pesar de todo ello, he aquí un dato que este año precisamente me ha hecho sentir muy impotente. En una clase de la Facultad dedicada al estudio del relato periodístico (reportajes y crónicas) hablé de Antón Chéjov. Había unos 40 alumnos. Ninguno de ellos conocía, ni por el nombre, al admirable autor ruso.

*La isla de Sajalín*, según advierte Víctor Gallego (p.31), “es la obra que más esfuerzos y afanes costó a su autor”. He conocido antes su obra literaria (releída varias veces en diferentes etapas de mi vida) y me parece indudable que esta experiencia marcó a Chéjov para siempre. Tenía 30 años. A partir de la lectura de este libro puedo entender mejor su sentido de la vida y la forma en que abordó sus cuentos y a los personajes que en ellos habitan. Esa capacidad de observación y la renuncia al juicio moral constituyen la universalidad de su creación literaria. Ese conocimiento del ser humano y la compasión estoica de la que nunca quiso desprenderse.

Es muy improbable que pueda ir algún día a la isla de Sajalín. Es un fin del mundo absoluto desde donde vivo. Pero he podido acercarme al Sajalín de hoy gracias al Google Earth. En este espacio virtual se ha insertado alguna fotografía de la isla. Parece, ahora, un mundo civilizado. La misma impresión que recibí de civilidad en un reciente viaje a Ushuaia, en la Patagonia argentina, otra “isla penal” que se pobló con los condenados allí arrojados. Pude asombrarme y disfrutar de la belleza de ese último rincón del continente americano, otro fin del mundo. Pero después de leer *La isla de Sajalín* tampoco pude dejar de imaginar el sufrimiento y la desolación absoluta que guarda cada puñado de tierra en Ushuaia. Aún queda un extraño cementerio: el de los árboles muertos de un bosque en el que jamás volvieron a crecer una vez que los presos los aserraron para el mantenimiento del penal. Un cementerio al que llevan ahora a los turistas, como los llevan a la antigua terrible prisión, hoy museo.

*La isla de Sajalín*: un gran reportaje escrito en un lenguaje actual, lleno de sensibilidad, rezumando solidaridad. Una feroz crítica que se desprende en la precisión de cada dato, secuencia, descripción, apunte, análisis. Porque el juicio sobra.

La primera persona de Chéjov sólo aparece cuando es testigo de algo o cuando es interlocutor de alguien. Todo lo demás es la realidad viviendo.

El peligro para la supervivencia del periodismo (el buen periodismo) no está en las nuevas tecnologías ni en los periódicos gratuitos ni en ninguna otra cuestión relacionada con soportes físicos. El periodismo desaparecerá cuando a nadie le interese leer, o escribir, un buen y justo reportaje. Es indescriptible la fuerza y la belleza de este gran reportaje de Antón Chéjov.

María Jesús CASALS CARRO

Universidad Complutense de Madrid

**COLL PERELLÓ, Bartolomé**, 2006: *Toreros Mallorquines / Bartolomé Coll*. Palma de Mallorca, Tertulia Taurina del Niza. Xixco Arts Gràfiques.

A través de este libro, que está lleno de bellos recuerdos taurinos, vemos cómo los toros han estado presentes, en Mallorca, en incontables funciones –con y sin plaza fija– lo que quiere decir que los isleños se han sentido siempre atraídos por la Fiesta. La plaza vieja existió de 1865 a 1930.

#### **Primer doctorado taurino**

El primer domingo de julio de 1932 un diestro mallorquín recibía el doctorado en tauromaquia sobre el flamante ruedo del Coliseo Balear. Melchor Delmonte, que tuvo su propio “Club Delmonte”, tras una larga carrera novilleril, iba a encabezar una relación de matadores y además, culminar una trayectoria de muchos años en la plaza vieja, repletos de afanes para asegurar la tradición taurina. Fueron aquellos los primeros toros de Miura que se corrían en una plaza de toros que se había inaugurado en 1929

#### **Ultimo doctorado**

La última alternativa que ha tenido lugar en Mallorca corresponde a Antonio Cortés Vargas. La recibía en Inca, el día 30 de octubre de 2005 de manos de Manolo Sánchez y con Iker Javier Lara de testigo, con toros de Ángela Rodríguez de Arce, en una corrida que cerro el ciclo de los festejos taurinos en dicho año. Entre ambas fechas, *Toreros Mallorquines* nos recuerda que han sido doce los maestros mallorquines que han tomado la alternativa.

#### **La Tertulia Taurina del Niza**

En septiembre de 1997, en plena crisis taurina, en Mallorca, un grupo de aficionados que venían reuniéndose en el Café Niza de Palma, acuerdan reunirse semanalmente. Esta Tertulia Taurina comienza su andadura con una veintena de socios en sus reuniones de todos los sábados del año y reúne a casi un centenar de aficionados en los actos públicos que convoca. La Tertulia edita desde hace cinco años su propia revista *A porta Gayola*. También es miembro de la Real Federación Taurina de España.

#### **El cronista taurino**

Bartolomé Coll ha sido durante más de cuarenta años el cronista taurino de Radio Mallorca, así como el corresponsal de “Carrusel Taurino” de la S.E.R. En 1964 publicó *Historia del Toreo en Mallorca*, un libro que abarca un siglo de la tauromaquia isleña. Recientemente dio unas conferencias sobre los setenta y cinco años del Coliseo Balear y, en la actualidad, es el cronista del *Diario de Mallorca*.

Maria Celia FORNEAS FERNÁNDEZ

Universidad Complutense de Madrid

**FONTCUBERTA, Mar de y BORRAT, Héctor** 2006: *Periódicos: sistemas complejos, narradores en interacción*. Buenos Aires, La Crujía ediciones. 351 páginas.

Los profesores Mar de Fontcuberta y Héctor Borratt ofrecen en este trabajo una visión a la vez panorámica e incisiva de los medios de comunicación y de su faceta informativa, a través del caso analizado: el periódico impreso y digital. Es una coautoría lógica por las trayectorias investigadoras respectivas y por la complementariedad mutua que ofrece al lector.

*Periódicos* consolida las líneas de investigación teórica y empírica que ambos investigadores vienen exponiendo en sus producciones científicas. La publicación está estructurada en dos partes firmadas por cada autor, si bien muestran cohesión en sus contenidos, gracias también a las referencias que trazan entre sus respectivas exposiciones.

En la primera parte, la profesora Mar de Fontcuberta desarrolla su concepción del periódico como un sistema; de ahí la primera parte del subtítulo: (Periódicos) *sistemas complejos*. Es una línea de investigación cuyo desarrollo es posible seguir en sus publicaciones desde la década de 1990. El análisis que hace del periódico desprende tal consistencia que permite percibir en esta parte del libro una de las expresiones más logradas de cuantas han buscado aplicar al Periodismo la Teoría General de Sistemas.

La sociedad de complejidad es el contexto en el que el periódico entendido como un sistema complejo despliega nuevos significados para el observador, tanto para el que actúa en el ámbito de la reflexión teórica periodística como en el de la praxis del periodismo. La sociedad compleja requiere de un periodismo complejo, que a la vez deriva de aquella.

La profesora Mar de Fontcuberta inserta el periódico en la sociedad compleja del siglo XXI, a lo que dedica el primero de sus cuatro capítulos. Esta inserción revela cuatro dimensiones del periodismo: la socializadora o comportamental, la democrática o ciudadana, la educativa y la ociosa; son cuatro dimensiones que no tienen por qué suponer una visión sólo benévola del periódico. Articula su reflexión valiéndose de conceptos de la Sociología del periodismo, de obligado manejo para transitar por el panorama multiparadigmático de la Teoría del periodismo. Destacan los conceptos complejidad, acontecimiento, sociedad invisible y narración periodística.

La sociedad compleja, el pensamiento complejo y el periódico complejo superan el modelo de la cultura mosaico de Abraham Moles. Una sociedad compleja requiere de un periodismo complejo que elabora discursos complejos y éstos requieren, a su vez, de receptores reflexivos y críticos, con una estructura de pensamiento capaz de interpretar el discurso periodístico. La información da así paso a significados. Mar de Fontcuberta vincula este periodismo de significados –más que de información– a otros conceptos que también ganan terreno en la teoría periodística; entre ellos el de calidad

y gestión del conocimiento entendidos como el acceso, selección, articulación y aplicación de informaciones con objetivos determinados. La autora se mueve entre dos ámbitos –los medios de comunicación y el periodismo– de tal forma que quizá algún lector pueda considerarlos equivalentes, sin serlo.

El capítulo dos lo dedica al concepto *temario* –el *mensaje polifónico* que el periódico comunica a sus lectores, en palabras de Héctor Borrat– y a sus consecuencias en la organización interna de un periódico empresa, y en el periodismo que practican sus profesionales.

*Temario* periodístico (o *pauta*) es un concepto que enlaza con los de *tematización* y de *opinión pública*, que supera la mera yuxtaposición ordenada de informaciones y opiniones. Ante un acontecer complejo, con sobreabundancia de acontecimientos e información, el periodista y el periódico deben actuar como gestores de información. Gestionar implica tareas de acceso y selección, de inclusión y exclusión, de jerarquizar y tematizar informaciones con criterio periodístico. Vertebrado el temario en torno a dos ejes: el temático y el geográfico. Lo geográfico alude a la importancia que tiene la proximidad espacial en el periodismo, aunque recuerda otro tipo de proximidad: la psicológica. Lo temático da paso a la especialización periodística en la sociedad compleja. En la comunicación periodística especializada, lo temático es la clave, asociado al tratamiento en profundidad; lo geográfico, lo mediático y lo demográfico no especializan, aunque sí los considera componentes complementarios y fundamentales de la auténtica especialización: el ámbito temático. Es esclarecedora la diferencia que la profesora Fontcuberta hace entre *área* y *sección* informativa. Relaciona la primera con los conceptos integradores de *periodismo sistema*, *tematización*, *temario* y *especialización temática*; y la segunda con la concepción disgregadora de cultura y *periodismo mosaico*.

En el capítulo tres analiza la presencia del componente emotivo en los contenidos del temario periodístico. La presencia de las emociones en los medios de comunicación suele estar vinculada a la explotación sensacionalista más que amable de personajes e historias privadas cuando no íntimas; el fin es impactar y generar sensaciones, no raciocinios. El funcionamiento complejo de las emociones, desvelado por los investigadores cognitivos, confirma a la autora el reduccionismo con el que los medios de comunicación tratan estas cuestiones, que se han visto afianzadas por nociones como el de “interés humano”. Ejemplifica estos contenidos con el análisis del tratamiento periodístico de las caricaturas de Mahoma por la prensa occidental.

En el capítulo cuatro desarrolla el concepto de *temario móvil*. El adjetivo móvil lo vincula a los periódicos digitales por su posibilidad de actualización permanente y en tiempo real. La expansión de los diarios digitales ha revolucionado el panorama periodístico de tal manera que afecta a todos los elementos involucrados en el proceso. Uno de ellos es el temario que deviene móvil; otro la información que da paso al conocimiento. Además, Internet incorpora en el periodismo multimedialidad,

hipertextualidad e interactividad. Todo ello configura un nuevo modo de producir periodismo alejado de las rutinas que durante décadas han pautado el quehacer en las Redacciones de los medios. El cambio afecta al lenguaje y a la retórica de los contenidos, a la organización de la empresa informativa, al periodista y al lector. Mar de Fontcuberta liga al periodismo digital fenómenos como el periodismo participativo, facilitado por las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación.

El profesor Héctor Borrat estructura la segunda parte del libro en seis capítulos. En ellos profundiza en la reflexión teórica sobre el periodismo y el periódico que viene exponiendo en su producción científica. El autor desarrolla la segunda parte del subtítulo del libro: (Periódicos) *narradores en interacción*. Dedicó el primer capítulo a la esencia del periódico como actor y narrador social polifónico que difunde periodismo, publicidad, entretenimiento y servicios. Un narrador del que la sociedad conoce el producto de su actividad, pero no el proceso previo a difundirlo.

Sintetiza las concepciones que los comunicólogos tienen del periódico, del periodismo y de los periodistas. El periódico es un actor social que aspira a influir y lucrar; el periodismo es un instrumento ideológico, y los periodistas se caracterizan por sus esferas como sujeto y como profesional. La metáfora de la esfera le permite al profesor Borrat ir ascendiendo a la esfera de la institución (la empresa periodística) y a la esfera de la sociedad (el sistema socio-político). También trata los periódicos en la Red. Complementa la revisión de Mar de Fontcuberta con una tipología de periódicos digitales, las etapas de la historia de estos medios y los recursos que van incorporando (interactividad, hipertextualidad, no linealidad, multimedia, convergencia, clientelización y personalización).

En el segundo capítulo desarrolla el concepto de calidad periodística y los mecanismos para su control. Las claves pueden estar en consideraciones éticas, políticas y estéticas, del valor añadido, y de la evaluación de periódicos, textos y versiones publicadas. El autor concatena una batería de preguntas sobre quién evalúa qué, según qué valores, conceptos y consideraciones. La respuesta a por qué los periódicos de calidad lo son está en el temario, en los contenidos y en su articulación en áreas.

Un apartado también explicativo es el dedicado a diferenciar entre periódicos *de calidad*, *de elite* (frente al periódico popular) y *de referencia* (los periódicos que trascienden fronteras nacionales y lingüísticas, marcando pauta para empresarios y periodistas), desmontando la falsa sinonimia.

En su análisis de cómo son considerados los periódicos, Héctor Borrat separa los adjetivos *influyente* y *creíble*, revisa la condición de *prestigioso* y *fiable*; y establece correspondencias entre la calidad de los periódicos digitales y la de los impresos; aplica a los digitales unos criterios específicos para el control de su calidad, derivados de la tecnología (actualizaciones, hemerotecas virtuales, buscadores, itinerarios hipertextuales, comunicación con los redactores, foros, alertas, conexión con canales y programas de televisión y radio, análisis y comentarios inmediatos), que añade a los

criterios de calidad que comparten con los periódicos impresos (informaciones investigadas, rigurosidad, aporte de todas las versiones, análisis, argumentación).

En el capítulo tres rescata una de las nociones que sustentan su teoría de la comunicación periodística: la de *autor múltiple*, en el sentido de coproductores, de las narraciones periodísticas. Distingue la condición de autor *identificado* o *anónimo*, de *generalista* o *especialista*, de *informador* o *comentarista*, de *dependiente* o *autónomo*, de *positivista* o *hermeneuta*. Los lectores interesados en el Periodismo Especializado encuentran en este capítulo una reflexión complementaria de la expuesta por Mar de Fontuberta en el capítulo dos de la primera parte. El profesor Borrat ahonda en una visión de la comunicación periodística especializada que viene exponiendo en su producción científica. A falta, quizá, de procedimientos que permitan protocolizar las propuestas de ambos autores para su uso en la praxis profesional, la concepción de la especialización periodística que elaboran se muestra como una de las más concretadas en la bibliografía científica.

En apartados sucesivos expone los porqués de la primacía cuantitativa de periodistas generalistas respecto a especialistas, de anónimos sobre identificados, de dependientes sobre autónomos y de positivistas (los anclados en la asepsia de los hechos) sobre hermeneutas (los que añaden a lo que se ve lo que se imagina o sospecha). Es un panorama profesional que según el autor no es ajeno a la presión de la empresa informativa; lo ejemplifica en el apartado titulado –con cierta ironía– “Lecciones de prisa”. Incluye en ese panorama a los ciberperiodistas, que exigen nuevos *topoi* y redefinir los *roles* profesionales.

Retoma en el capítulo cuatro otro aspecto que viene tratando en sus trabajos: la necesidad de fuentes del periodista y los riesgos que comportan. Es un componente del proceso periodístico que también somete a la calidad. Héctor Borrat propone una tipología de fuentes a la vez punzante y sutil, surgida de una mirada renovada. Inserta la cuestión de las fuentes en una de las reivindicaciones históricamente más batalladas por los periodistas: el secreto profesional, que por cierto contrapone a la transparencia periodística, *rara avis* en la oferta informativa actual. Lo ejemplifica con el caso *Watergate* y los atentados terroristas del 11-M en Madrid.

En el capítulo cinco introduce otros dos elementos del Control de la Calidad Periodística: los conceptos *interacción* y *narración*, que se suman a *periódico*, *autores* y *fuentes*. La narración periodística se edifica articulando los *topoi* de la Retórica clásica. Pero a juicio del autor, esas preguntas tradicionales de la noticia introducirían más significado en el relato si fuesen insertadas por el periodista en la teoría social.

Interacción, acción, actuar, acto, actores y actualidad le dan a H. Borrat la clave de la comunicación periodística, no el tiempo; los actores sociales son lo necesario para que haya interacción, que es al fin y al cabo comunicación.

La *interacción* es otra de las categorías –junto con el *conflicto*, la *narración* y la *estructura social*– de las que se vale para elaborar, desde la teoría social, su

pensamiento de la comunicación periodística. El *conflicto* es un valor de la noticia preferido por periódicos y periodistas; en relación a él interaccionan los protagonistas, antagonistas y terceros afectados por los hechos noticiosos. Lo ejemplifica con el caso de Diana de Gales, y con el conflicto surgido entre el derecho a informar y el derecho a la intimidad; otros ejemplos son los conflictos radicados en el *poder*.

El *relato* (o *narración*) es la otra categoría a la que Héctor Borrat dedica el sexto y último capítulo. Lo articula con la categoría que para él es clave: la interacción. La interacción es comunicación y la comunicación es en esencia narrativa; entiende el relato como reflejo de lo que sucede y vía para descubrir e inventar lo que puede ocurrir. También somete la narración al control de la calidad periodística, recuperando rasgos ya conocidos por el Periodismo especializado: la *coherencia* del texto, la *correspondencia* de la versión o versiones con la realidad (lo que remite a la noción de *verdad*) y la *pertinencia* garantizada por el pertrecho teórico y metodológico del periodista, que activa en cada circunstancia laboral.

Basado en diversos autores, el profesor Borrat propone una suerte de protocolo basado en preguntas respondidas o no por el periodista en el relato, y en unidades básicas referidas a la *estructura* del texto, a los *contenidos* y al *léxico*, que traspasan el relato informativo canónico ejemplificado con la pirámide invertida. Relatos libres, relatos para la historia y para la ficción, y relatos arborescentes propios de la Red llevan al lector a un colofón en el que el autor transita de la historia inmediata a la historia de larga duración; del Periodismo a la Historia, manteniendo los objetivos, funciones y procedimientos propios de cada disciplina.

Docentes, investigadores y estudiantes de la Comunicación Periodística, y periodistas en ejercicio, tienen en este trabajo de compendio y aportes nuevos una obra de referencia y lectura indispensable.

María Dolores MENESES FERNÁNDEZ

Universidad de La Laguna



**GÓMEZ CASTAÑEDA, Juan**, 2006: *Viaje de turismo interior. Fernán caballero y viceversa*. Madrid, Ediciones Llanera (editado en colaboración con el Ayuntamiento de Fernán Caballero)

Es éste un viaje “ilustrado” que el autor realiza por su pueblo natal después de muchos años de ausencia. Pero es además un viaje al interior de sí mismo con el ánimo de recuperar sus recuerdos de infancia. En otras palabras, estamos también ante la crónica de pueblo donde todo es noticia: desde la construcción de una nueva gasolinera de Petronor hasta el retorno de un artista local después de décadas de ausencia, informaciones que el autor trata con mimo y minuciosidad.

Ahora bien, lo importante es siempre lo primero y Fernán Caballero es un pueblo importante: se pobló allá por el siglo XIII y, además, se ha visto inmortalizado por el seudónimo que adoptó la Cecilia Böhl de Faber, (1796) la escritora española que fue precursora de la novela moderna. Cecilia escribió *La Gaviota*, *La familia Alvareda* y *Clemencia*, murió octogenaria en 1877 y sobrevivió a tres maridos. Quizá resulte ser *La Gaviota* la novela más emblemática y representativa de la materia de Andalucía.

Así pues, el hecho de encontrarse en Fernán Caballero, obliga al autor a reflexionar sobre la situación de una mujer del siglo XIX que, después de haber demostrado sus cualidades para los negocios, de haber probado su coraje para hacer frente a numerosas adversidades y, sobre todo, de haber acreditado su vocación y su valía literaria, todavía necesita embozar su condición femenina en un nombre de varón: *Fernán Caballero*. (Hay dos versiones sobre su elección: una es que Cecilia lo escogiera por haberlo conocido en uno de sus numerosos viajes, y la otra que lo encontrase en alguno de los periódicos de la época como consecuencia de algún evento local)

Hay otro tema, íntimamente ligado a Fernán Caballero, que también trata con cierto detalle y es don Rafael Gasset. Hijo de Eduardo Gasset y Artime, que fue fundador del prestigioso periódico “El Imparcial”. Desde el periodismo, Rafael Gasset apoyó la candidatura de Silvela a la presidencia del Consejo de Ministros. Cuando éste accedió a tal puesto, en marzo de 1899, le nombró ministro de Agricultura, departamento hasta entonces inexistente, que incluía la competencia de Obras Públicas, más tarde Ministerio de Fomento. Y fueron sus actividades como ministro de Fomento las que más éxitos políticos le proporcionaron, al menos en Fernán Caballero, por la concesión de un pantano que se inauguró el 22 de abril de 1911.

Este viaje incluye una reflexión del autor que vale la pena transcribir literalmente: “Fue un buen sitio para nacer. Solera acreditada con raíces profundamente hundidas en el lento transcurrir del tiempo, valores de austera nobleza espiritual y sencillez material. No pudo ser su lugar para vivir. Sin embargo, empezó a presentir con estupor, como aquel viaje pudiera haberle servido para empezar a sospechar que, acaso, sí podía ser el mejor sitio para aguardar sin demasiada prisa, la inexorable cita con la

muerte”.

Juan Gómez Castañeda, catedrático de Economía Aplicada, nació en Fernán Caballero a mediados del siglo XX. Desde allí emigró a Madrid con sus padres. Estudió Ciencia Política y Economía en la Universidad Complutense. Más tarde, fue vicerrector de la Complutense. Ha publicado varios libros sobre su especialidad y también sobre Tauromaquia.

Maria Celia FORNEAS FERNÁNDEZ

Universidad Complutense de Madrid

**GROHMANN, Alexis y STEENMEIJER, Maarten (Editores), 2006: *El columnismo de escritores españoles (1975-2005)*. Madrid, Editorial Verbum, 200 páginas.**

Con la recién estrenada democracia en el año 1975 y, como consecuencia, la libertad de expresión que de ella se derivaba, comienzan a florecer en todos los periódicos españoles las columnas y los columnistas, género que comienzan a cultivar sobre todo los periodistas pero que, a partir de los años noventa, su autoría recae en escritores. Comienza a hablarse de un nuevo género a caballo, entre el periodismo y la literatura, aunque con claros antecedentes en el siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX. Es a partir del año 1995 cuando aparecen los primeros manuales que abordan el estudio del género, como los de Fernando López Pan (1995 y 1996), Teodoro León Gross (1996) o Antonio López Hidalgo (1996), a los que se irán sumando estudios imprescindibles como los de María Jesús Casals Carro y Luisa Santamaría Suárez (2000).

El presente volumen se centra fundamentalmente en las columnas escritas por escritores –Javier Marías, Eduardo Mendoza, Juan José Millás, Rosa Regás, Juan Bonilla, Enrique Vila-Matas, Javier Cercas, Justo Navarro, Antonio Muñoz Molina–, si bien en algunos casos sus autores son periodistas que han encontrado en la literatura una prolongación de su obra, como es el caso de Arturo Pérez-Reverte, Rosa Montero o Manuel Vázquez Montalbán. Esta selección de autores no aspira a ser exhaustiva sino más bien pretende mostrar la diversidad existente en el género. Son escritores que cultivan el columnismo y que, más allá de lo meramente particular, como toda buena literatura, está dotado de universalidad.

La columna, encallada entre el periodismo y la literatura, es un género más bien atípico o incluso paradójico, y que debe respetar ciertas delimitaciones que también contribuyen a definirla: la dimensión, la ubicación fija en determinada página del periódico, la temática y la frecuencia. Pero más allá de estos parámetros, el columnista es libre para escribir lo que estime conveniente. Para Grohmann, esta combinación de restricciones y libertades es “el rasgo más idiosincrásico del género de la columna de escritores”. Este mismo autor señala en el prólogo que el género sigue más bien marginado, aunque “reconocido y estudiado en el hispanismo”. Por esta razón, los ensayos que componen esta obra abordan cuestiones teóricas y contextuales del columnismo de escritores después 1975 y se estudia “de manera pormenorizada, por primera vez en la mayoría de los casos, el columnismo de una serie de ellos y la estrecha relación entre su columnismo y su narrativa”.

En definitiva, estos ensayos dan respuesta a preguntas inevitables; ¿cuáles son los rasgos formales, estilísticos y temáticos más esenciales de la columna?, ¿cómo se enlaza el discurso de la columna con la actualidad?, ¿cuáles son las afinidades y las diferencias con géneros literarios afines, tales como el cuento y la novela?, ¿cómo se relaciona el columnismo de cada uno de los autores comentados con su narrativa?,

¿cuál es, en el fondo, el pensamiento literario específico de la columna? Éstas son las interrogantes que guían los textos de, además de los editores del volumen, David K. Herzberger, Domino Ródenas Moya, Ken Benbson, Eva Navarro Martínez, Carmen de Uriote, José María Izquierdo, José V. Saval y María Felicidad García Álvarez.

Grohmann mantiene que la columna de escritores no es periodismo sino literatura y que no es meramente un género de opinión, pues trasciende lo meramente opinativo y no tiene ninguna finalidad pragmático-retórica o persuasiva o sólo la aparenta a veces. En efecto, muchas columnas no son textos opinativos, sino sencillamente creativos. No son artículos ni cuentos, o bien cuentos y artículos a la vez. De ahí el término acuñado por Juan José Millás: articultos. Ródenas de Moya escribe sobre las columnas de este autor: “En realidad, son textos refractarios a la clasificación, encabalgados entre el comentario de actualidad y el relato, entre la referencialidad y la autorreferencialidad, entre lo factual y lo ficcional, que no cuadran casi nunca con las definiciones tradicionales sobre el artículo de opinión. Por eso el neologismo *articulto* para denominar estas piezas breves que resultan de la hibridación de un género expositivo argumentativo y otro narrativo resulta plenamente acertado, como lo sería el término que reuniera, para las columnas de Manuel Vicent, la alusión al artículo y al poema en prosa. Millás rebasa la codificación del género que practica y obliga a un cambio de la misma”.

En consecuencia, el presente volumen cubre un vacío sobre el estudio de la columna iniciado hace ya una década, y de esta manera se suma a una breve bibliografía que, paso a paso, nos muestra a todas luces el auge de un género que, por su propia naturaleza, seguirá abierto a nuevos debates y nuevas investigaciones. Los ensayos recopilados por Grohmann y Steenmeijer hemos de enmarcarlos ya entre aquellos trabajos que indagan nuevos ángulos de estudio en un género que, lejos de agotarse, multiplica sus posibilidades narrativas. Alexis Grohmann, profesor titular de la Universidad de Edimburgo, consciente de este amplio horizonte que se abre a nuestros pies, ya coordinó en 2005 un doble número monográfico de la revista *Ínsula* sobre el mismo tema y que hoy es pieza de obligado estudio. El libro *El columnismo de escritores españoles (1975-2005)* se suma, por propios méritos, a esta breve bibliografía de un género que renace cada día en los diarios españoles.

Antonio LÓPEZ HIDALGO

Universidad de Sevilla

**ISRAEL GARZÓN, Estrella, 2006: *Comunic@ción y Periodismo en una sociedad global*. Comunicar la diferencia, México, Trillas, 182 páginas.**

En un momento tan crítico respecto a la integración de la diferencia en la sociedad, se hace imprescindible la reflexión de los expertos y estudiosos de la comunicación en torno a la intervención de los medios en el proceso, con una mirada amplia y flexible capaz de entrar en diálogo con los profesionales.

Si siempre el papel de los medios de comunicación en el desarrollo de una sociedad plural y abierta ha sido relevante, en la actualidad, como dice en su texto la profesora Israel, “el periodismo intercultural es una necesidad de las sociedades que pretenden vivir en un modelo democrático participativo en el que aparezca como valor la interculturalidad”.

Sin embargo, para cumplir ese papel se requiere un estudio en profundidad y no solo una aproximación con vocación exclusivamente normativa, como suele acompañar la pauta periodística. Solo esa perspectiva amplia, integradora de todas las caras del complejo prisma que es la convivencia en las sociedades contemporáneas, podrá superar la mera demonización de los comportamientos periodísticos. Eso es, desgraciadamente, lo más fácil cuando se trata de analizar y evaluar la intervención del periodismo en la construcción de una sociedad en la que sea posible vivir la diferencia.

Esa vocación integradora es el punto de partida escogido por la autora en un estudio para adentrarse en la relación comunicación social-interculturalidad. En él consigue, con gran claridad expositiva, ofrecer un mapa orientativo para el análisis del periodismo intercultural. Podría, incluso, denominarse “hoja de ruta” del periodismo intercultural pues expone todos aquellos aspectos que deben abordarse para comprender un más que apasionante y relativamente novedoso campo de estudio.

Calificar de “novedoso” este tipo de periodismo no es ajustado, ciertamente, pero sí lo es hablar de una inequívoca evolución presente y futura que constituye un reto para estudiosos, profesionales y pensadores de la comunicación. Es verdad que se está avanzando mucho al respecto, sin duda, pero el proceso no ha hecho más que comenzar y, por tanto, hay mucho camino que recorrer junto a la guía que nos presenta la profesora Israel.

Estrella Israel es una autoridad en la materia. Eso explica el rigor de su reflexión que, difundida anteriormente en Latinoamérica, se publica ahora, por primera vez, en edición para España. Pero, ante todo, Estrella Israel es una pensadora que no huye a la atalaya universitaria sino que permanece en constante relación con alumnos y colegas preocupados por las Ciencias de la Comunicación. Esa interacción sin tregua invita a acudir a su obra para aproximarse al periodismo intercultural. Es el resultado de combinar ambas virtudes: el rigor de una analista exigente y la didáctica de una profesora paciente. Eso convierte *Comunic@ción y Periodismo en una sociedad*

*global. Comunicar la diferencia* en una obra imprescindible. Tanto que es necesario reclamar a la autora una segunda entrega, con más casos comentados y con el seguimiento de la respuesta que los medios de comunicación van dando a temas ya clásicos como la inmigración, las minorías o la situación de la mujer, pero también a otros que renuevan el interés, como la realidad multirreligiosa. Son cuestiones siempre apasionantes para ser abordadas desde el estudio del Periodismo social pero su mayor y más diversificada presencia en nuestro entorno animan a rastrear los matices de cada uno de los colectivos o realidades implicadas.

El libro está dividido en cuatro capítulos que ofrecen una profundización gradual en la materia: el primero, “Comunicación intercultural”, es la necesaria conceptualización inicial que aborda la definición de “comunicación” y de “comunicación intercultural”. En él, la profesora Israel sitúa la interculturalidad en el ámbito de la comunicación desde un planteamiento esencial para comprender su perspectiva: la comunicación entendida como intercambio, no como mera transmisión. Así, podremos interpretar la comunicación intercultural como un proceso de entendimiento y casi como una expresión redundante en su sentido profundo.

El segundo capítulo, “Variables y ruidos en las relaciones interpersonales-interculturales”, expone los diferentes factores que inciden en la interpretación acerca “del otro” que se activan en un proceso comunicativo. Haciendo un repaso de los principales autores y escuelas que han abordado el asunto, da al lector las herramientas necesarias para profundizar en el tratamiento de la realidad intercultural. Se trata, por tanto, de conocer los “ruidos” -como dificultades en el proceso de comprensión- que pueden dar lugar a errores de interpretación, es decir, a distorsiones del mensaje.

Los ruidos más importantes aplicados a la comunicación intercultural son los prejuicios y los estereotipos pero también el lenguaje no verbal, las diferentes nociones de tiempo y espacio y la diferencia de competencia lingüística entre dos personas. Desde esos parámetros se producen los fenómenos de estigmatización y de difusión de rumores que son comentados en este segundo capítulo.

Lo interesante, sin embargo, es el punto de vista escogido pues, de nuevo, es positivo. La autora trata las variables interculturales sin previsiones funestas, esto es, aceptando que alguno de esos elementos pudieran convertirse no ya en fuente de ruido sino en factor de cooperación. La clave -apunta Israel- es unir, al esfuerzo cognitivo, un esfuerzo emocional, es decir, fomentar la empatía. Con ello se favorece la comprensión, que no implica necesariamente la aceptación. Dice Estrella Israel: “La percepción de las diferencias no debe ser un obstáculo para la aceptación mutua. Aceptar a una persona como interlocutor no significa compartir sus valores e intereses, ni siquiera aprobarlos”. Éste es un punto de partida esencial para el periodista intercultural pues éste no tiene que juzgar la realidad sino comprenderla y saber exponerla al lector.

El tercer capítulo, titulado “Desequilibrios estructurales y distorsiones simbólicas

en la comunicación de masas”, aborda, por un lado, las variables “macro”, esto es, las condiciones del ecosistema comunicativo que favorecen la producción de ruidos. Por otro, el nivel “micro”, es decir, la representación de los otros en los medios.

En el cuarto y último capítulo, “Periodismo intercultural”, la reflexión sobre la relación entre comunicación e interculturalidad da paso al estudio de casos concretos. Para ello, Israel utiliza el análisis intertextual desde tres dimensiones: el contexto de producción, el texto propiamente dicho y la comparación con otros discursos que se hallan en el mismo ecosistema comunicativo. Estas variables son completadas, además, con el análisis de textos, actores, autores y fuentes así como los valores de desviación-negatividad y espectacularización-drama.

Completa el enriquecedor repertorio de claves y métodos para el análisis, la incorporación de pautas de interpretación de la fotografía de prensa, a menudo olvidada en el análisis del discurso pero de gran peso en la conformación de la imagen de la realidad.

Estrella Israel reivindica, para terminar, el importante papel que desempeñan los *Ombudman* para lograr ese ejercicio responsable del periodista que debe trasladar al lector una realidad compleja y permanentemente cambiante.

María José POU AMÉRIGO

Universidad CEU-Cardenal Herrera. Valencia

**KAPUŚCIŃSKI, Ryszard**, 2006: *Viajes con Heródoto*. (Trad. Agata Orzeszek Sujak). Barcelona, Anagrama. 312 páginas. También en 2007, Círculo de Lectores, Barcelona, 300 páginas.

“Hay que desarrollar la memoria y de vez en cuando sacudir todo lo que allí se haya almacenado”. Esta voz de Séneca preside la última obra de Ryszard Kapuściński, como una vuelta a la evidencia platónica de que es la experiencia de la vida y su memoria la que configura el ser. Y fuera de esto no hay nada. Concluido el relato de su memoria, Kapuściński se marchó el pasado mes de enero de este año 2007 hacia ese último viaje, el único del que no tendremos su testimonio.

La memoria comienza en 1951, un día monótono de clases universitarias, cien alumnos “hijos de la guerra”, un ambiente en el que predomina el “provincianismo más tosco”, y una catedrática de voz suave y monótona. Ella, sin saberlo, pero en su ejercicio docente, tal vez funcional, abre una puerta al chico ignorante y provinciano, inteligente y sensible: despierta su curiosidad por el conocimiento de otros mundos y de los otros, los que son diferentes, y los que vivieron con un compromiso de dejar memoria de lo que pasó: “No hacia falta esperar el momento en que aparecerían personas que anunciaran el choque de civilizaciones. Ese choque se había producido mucho tiempo atrás, dos veces por semana, en aquella aula en la que supe de la existencia de un griego llamado Heródoto”.

La *Historia* de Heródoto será la compañera de todos sus viajes por el mundo y de su viaje por la vida. Kapuściński no sabe idiomas, todavía desconoce el inglés (ya entonces imprescindible para pasear por el mundo) y aún así su anhelo era “cruzar la frontera”, sin importarle el destino, sólo cruzar la frontera como un mero acto místico y trascendental. Es joven, recién titulado, y trabaja en el periódico polaco *Sztandar Młodych* (Estandarte de la juventud). Su viaje comienza por su propio país. Pronto tiene la oportunidad de traspasar esa frontera que le obsesiona: “La India fue mi primer encuentro con la otredad, un descubrimiento de un mundo nuevo. Aquel encuentro extraordinario y fascinante fue a la vez una gran lección de humildad. Sí, el mundo enseña humildad, pues regresé de aquel viaje con el sentimiento de vergüenza por mi falta de conocimientos, por la insuficiencia de mis lecturas, por mi ignorancia”.

A partir de aquí Kapuściński recorrerá el mundo como un periodista comprometido con los otros, con el compromiso humilde de dejar cierto testimonio, sin pontificar, sin condenar, leyendo, escuchando, viendo, observando, compartiendo. Comprendiendo sus limitaciones, las de todos por nuestra condición de humanos:

“Cada persona tiene su propia red de signos con la que reconocer e interpretar la realidad circundante, una red que suele aplicar, por lo general automática e irreflexivamente, a todo fenómeno con que se encuentra. Sin embargo, sucede a menudo que realidades distintas a la conocida no se ajustan, no cuadran con el código de nuestra red, y entonces se corre el riesgo de fallar en la lectura de los signos y, como resultado, darles una interpretación equivocada. Desde este momento, la persona se



moverá en una realidad falsa, en un mundo de nociones y señales equivocadas y confusas”.

En sus viajes, Kapuściński portaba en su equipaje la misma obsesión que embargó al griego Heródoto: la memoria. “Sin la memoria no se puede vivir, ella eleva al hombre por encima del mundo animal, constituye la forma de su alma y, al mismo tiempo es tan engañosa, tan inasible, tan traicionera. Ésta es la causa de que el hombre se muestre tan inseguro de sí mismo”.

Kapuściński compone en estas 300 páginas el viaje de su vida: recuerdos, sentimientos reflexiones, su memoria. Una memoria que también incluye como suyas las realidades de 2500 años atrás, porque Heródoto se las relató y forman parte de su ser. Están insertas en la memoria genética de las generaciones posteriores. De algún modo, también estuvimos allí. Pero somos incapaces de recordar aquellas guerras (como la batalla de Salamina, que Kapuściński recrea con Heródoto), aquel terror, aquellos reyes muertos (Jerjes, Craso, Darío), aquellos dioses olvidados, aquel sempiterno miedo al otro.

Kapuściński ha escrito su último reportaje en este bellissimo libro. Es el reportaje de la historia, de la vida, del ser humano y de las casualidades e intangibles que han decidido las cosas. En él está la pregunta constante, la que funda toda filosofía:

“Cada vez que contempla uno ciudades, templos, palacios ya muertos, se pregunta por la suerte que corrieron sus constructores. Por su dolor, sus columnas vertebrales rotas, por los ojos que saltaron de sus cuencas al recibir el impacto de una esquirla, por su reumatismo. Por su vida desgraciada. Su sufrimiento. Y entonces surge la siguiente pregunta: ¿podrían existir tamañas maravillas sin ese sufrimiento? ¿Sin el látigo del vigilante? ¿Sin ese miedo que anida en el esclavo? ¿Sin esa soberbia que anida en el soberano? En una palabra, ¿no habrá sido el gran arte del pasado obra de lo que el hombre tiene de malo y negativo? Y al mismo tiempo, ¿no lo habrá creado su convicción de que lo negativo y lo débil que lleva dentro puede ser vencido sólo por lo bello, sólo por el esfuerzo y la voluntad de crearlo? ¿Y de que lo único que no cambia nunca es la forma de la belleza? ¿Y de la necesidad de que ella vive en nosotros?”

La historia de Heródoto, el reportaje de Kapuściński. Heródoto quiso hacer historia y fue consciente de ello desde el momento en que escribió la primera palabra de su titánico testimonio, porque quería vencer la fragilidad de la memoria: “Heródoto de Halicarnaso va a presentar aquí frutos de sus investigaciones llevadas a cabo para impedir que el tiempo borre la memoria de la historia de la humanidad, y menos que lleguen a desvanecerse las grandes y maravillosas hazañas, así de los griegos como de los bárbaros. Con este objeto refiere una infinidad de sucesos varios e interesantes, y expone con esmero las causas y motivos de las guerras que se hicieron mutuamente los unos a los otros”. Para Kapuściński este párrafo es la clave de todo el libro de Heródoto. Estamos, dice, ante una nueva noción, una nueva forma de pensar. Estamos ante un escritor, define Kapuściński, “capaz de pensar a escala planetaria, en una palabra, capaz de pensar como el primer globalista”. Ryszard Kapuściński no intenta

tal gesta. Pero sí vive de ella, con ella. Sabe que las preguntas que también se planteó Heródoto, cuestiones que atormentan a la humanidad desde hace milenios, y sobre las que quiso el griego hallar respuesta, no la tienen aún, 2500 años después. Kapuściński dialoga con Heródoto: “¿Por qué las guerras? ¿Cuáles son las razones, las causas?”. “¿Por qué Grecia (es decir, Europa) está en guerra con Persia (es decir, Asia), por qué estos dos mundos –Occidente (Europa) y Oriente (Asia)- luchan el uno contra el otro, haciéndolo además a vida o muerte? ¿Siempre ha sido así? ¿Así será siempre?”. Kapuściński no da respuestas. Tampoco las halló el griego reportero e historiador.

Tildar este libro de Kapuściński como una simple crónica de viajes es absolutamente superficial. Aunque, a decir verdad, a él no le hubiera importado, nunca luchó por glorias vanas. Kapuściński sí vivió en el viaje, por el viaje. Pero lo concebía no cómo la visita a lugares exóticos, desconocidos o interesantes. El viaje es para el gran periodista polaco la búsqueda del testimonio y de la palabra, el encuentro con el otro, el ser humano diferente, el que vive y piensa de otra forma, el que produce por eso temor. Se escuda en Heródoto porque, dice, fue el primero en “descubrir la naturaleza multicultural del mundo”. El primero “en clamar que todas las culturas deben ser aceptadas y comprendidas y que para comprender una, antes hay que conocerla”. Kapuściński hizo del viaje su modo de vida. Y como Heródoto, para conocer y comprender, para romper el prejuicio, convencido de que “el ser humano no sólo crea cultura y vive en su seno. El ser humano la lleva dentro, él *es* cultura”. Y su elegida profesión de reportero, la que le permitió cruzar la frontera, es también la que le obliga a comprometerse en esa búsqueda muchas veces sin respuesta de lo real de la vida. Nunca Kapuściński utiliza la solemne palabra verdad.

“Allí en Argel, después de varios años de ejercer de reportero, empecé a darme cuenta de que iba por un camino equivocado. El camino de la búsqueda de imágenes espectaculares, de la ilusión de que es posible escudarse en la imagen para sustituir con ella el intento de penetrar más profundamente en la comprensión de la realidad, de que es posible explicarla tan sólo a través de lo que la imagen tiene a bien mostrar en los momentos de las convulsiones espasmódicas del mundo, cuando lo sacuden disparos y explosiones, cuando se llena de fuego y humo, de polvo y olor a chamusquina, cuando todo se desmorona no dejando piedra sobre piedra y sobre los cascotes se sientan personas desesperadas inclinándose sobre los cuerpos sin vida de sus allegados”.

Kapuściński quiso huir de este estereotipo del reportero de guerra. Empezó a buscar el trasfondo, lo que se esconde y los significados. ¿Cómo?: “Me puse a hablar con la gente, a observar sus rostros y comportamientos, a escrutar el lugar y, también, a leer, y todo con el fin -en una palabra- de intentar comprender algo”.

Conocemos las otras obras de Kapuściński. Y entendemos por qué las escribió, por qué para escribirlas emprendió viajes, incómodos, arriesgados, compartiendo la realidad con los otros. Porque si en su primera juventud le obsesionó poder cruzar la frontera (el espacio), lo que perduró en su vida fue cruzar la frontera del tiempo. Quiso huir de los dos provincianismos: el espacial y el temporal. Acude a un ensayo sobre

Virgilio de T.S. Eliot (1944):

“En la época actual, en que los hombres parecen más inclinados que nunca a confundir sabiduría con conocimiento y conocimiento con información, y a tratar de resolver problemas vitales en términos de ingeniería, está naciendo una nueva especie de provincianismo, que quizá merezca un nombre nuevo. No es un provincianismo espacial sino temporal, un provincianismo cuya historia es la mera crónica de las invenciones humanas que sirvieron en su momento y que fueron desechadas, un provincianismo para el cual el mundo es propiedad exclusiva de los vivos, sin participación alguna de los muertos. El peligro de esta clase de provincianismo es que todos, todos los pueblos de la tierra, podemos ser juntos provincianos, y a quienes no se contentan con serlo, sólo les queda convertirse en ermitaños”.

Para protegerse del provincianismo del tiempo, Kapuściński se internó en el mundo de Heródoto y juntos recorrieron el mundo durante largos años. Así, confiesa, pudo viajar simultáneamente en el tiempo (a la Grecia antigua, a Persia, a la tierra de los escitas) y en el espacio (“mi labor cotidiana en África, en Asia, en América Latina”). El pasado se incorporaba al presente, “confluyendo los dos tiempos en el ininterrumpido flujo de la historia”.

El reportaje nace con Heródoto, escribe Kapuściński, porque para preservar la memoria hay que salir a buscar lo que necesita ser recordado, emprender el viaje, preguntar, escuchar, apuntar. Y son siempre otros la fuente de las noticias, unos interlocutores que, reconoce el gran periodista polaco, “cuentan los hechos no tal como sucedieron, sino tal y como les hubiera gustado que sucedieran, dando, por consiguiente, rienda suelta a sus recuerdos selectivos y a su particular, arbitraria e intencionada manera de evocarlos. En una palabra, no se trata de una historia objetiva, sino de una historia pasada por la criba subjetiva de otros. Y no hay solución a este desencuentro. Podemos intentar reducirlo o atenuarlo, pero nunca alcanzaremos el estado ideal. Pues nos resultará imposible eliminar ese factor de subjetividad que siempre está ahí deformando la realidad”.

*Viajes con Heródoto* es uno de los libros más bellos que he leído en toda mi vida y, justo es decirlo, es magnífica la traducción de Agata Orzeszek. La memoria, el relato, la reflexión, la historia, la filosofía, la existencia y el ser humano: todo ello en 300 páginas colmadas de sabiduría y de humildad. Reconforta. Kapuściński tuvo un guía y un maestro en Heródoto. Él, siendo como fue un gran escritor y un gran periodista, nunca se creyó guía ni maestro de nadie, y sólo compartió con el griego la ambición de relatar con esmero lo que vio y lo que le contaron “porque sin memoria no se puede vivir”. Dedicó esta obra última a recordar todo lo mejor y lo peor que a la vida pertenece. Sin concederse la más mínima importancia. Omitiendo toda causa personal, ningún asomo de saldar cuenta alguna. Agradecido a la existencia, a la suerte de haberla conocido más allá de las fronteras del tiempo y del espacio. Y despidiéndose, el pliego desenrollado de su memoria, con este enigmático y

paradójico testimonio de alguien que dedicó su vida al encuentro con los otros: “estamos rodeados de luz en medio de la oscuridad”.

María Jesús CASALS CARRO  
Universidad Complutense de Madrid

**LABIO BERNAL, Aurora**, 2006: *Comunicación, periodismo y control informativo. Estados Unidos, Europa y España*. Barcelona, Libros de la revista *Anthropos*, 2006, 190 páginas.

Aurora Labio Bernal es profesora de Periodismo en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla. El hilo conductor de este libro, dice la autora, está marcado por una perspectiva crítica del actual sistema que hunde sus raíces en la reflexión llevada a cabo por autores como Herbert S. Schiller, Noam Chomsky, Armand Mattelart, Pierre Bourdieu, Ignacio Ramonet..., nombres imprescindibles para abordar cualquier estudio justo sobre la comunicación en su forma general, es decir, comprendiendo todos sus aspectos: la información periodística, la propaganda política e ideológica, el infoentretenimiento, el espectáculo y la publicidad. El problema desde hace tiempo es que las fronteras entre todas estas realidades comunicativas ni son nítidas ni son estables. Lo único cierto -ya tautología- es que es el poder económico, el dinero, el que rige cada una de estas manifestaciones comunicativas y diseña sus disfraces.

Lasswell, con su famosa fórmula (mal entendida y mal utilizada para enseñar Periodismo), quiso ordenar el conocimiento derivado de los estudios sobre las Ciencias de la Comunicación: así la investigación sobre los emisores, *communicator control research*, daría lugar a una rama de esta ciencia, la cual se ocuparía de investigar la ideología de los medios de comunicación respondiendo a una serie de preguntas como, por ejemplo, quiénes son los propietarios de los medios, cuáles son sus metas, alianzas políticas y cuál su ideología, y si ésta se declara o no en la política editorial y, en ese caso, grado de coherencia con la misma, grado de manipulación ideológica y cómo es la estructura empresarial y de decisión de contenidos del medio estudiado. Llevar a cabo hoy este control de los comunicadores para la investigación de los medios de comunicación de masas es sumamente difícil por el fenómeno de la concentración, la otra cara de la globalización comunicativa. Las otras tres categorías de la fórmula de Lasswell: el estudio sobre los propios medios donde transita la información, *medium research*, sobre los receptores, *audience research*, y sobre los efectos, *effects research*, han servido, más que a los periodistas, a los sociólogos, a los publicistas y a los ideólogos de los partidos políticos, así como a los poderes económicos.

En Norteamérica ha habido dos figuras sumamente relevantes desde su actitud de compromiso: Noam Chomsky y Herbert Schiller. Ambos se acercaron a la comunicación desde la lingüística, la política y la economía y han planteado con audacia los errores de las teorías e investigaciones de la Comunicación.

Chomsky, admirador declarado de Walter Lippmann, al que reconoce como uno de los principales intelectuales estadounidenses (dice de él que “es la figura más destacada del periodismo norteamericano, comentarista reputadísimo sobre cuestiones públicas y comentarista político importante por derecho propio”<sup>1</sup>), lo propone como

---

<sup>1</sup>. CHOMSKY, Noam (1994): *Política y cultura a finales del siglo XX. Un panorama de las actuales tendencias*. Barcelona, Ariel, p. 48

ejemplo de la concepción de la democracia de las sociedades modernas occidentales dominadas por los medios de comunicación. Resume el contenido de unos escritos de Lippmann, *Ensayos progresistas de teoría democrática*, en los que el entonces poderoso periodista e intelectual afirmaba que existen dos clases de ciudadanos: los responsables, un grupo muy pequeño que tiene el deber de administrar y dirigir la sociedad; y, luego, el público en general, al que describe como *un rebaño desconcertado*. Los responsables deben protegerse del rebaño violento y peligroso. He ahí el problema. Por eso, según Lippmann, la función de los hombres responsables es la de regir las instituciones de una democracia y no un estado totalitario. Los miembros del rebaño desconcertado deben también construir la democracia, como espectadores, aunque se les permite apoyar periódicamente a un miembro u otro de la clase responsable, es decir, pueden elegir hasta cierto punto. Para controlar la libertad otorgada al rebaño es necesario apoyarse en la propaganda.

Chomsky se remite a John Locke para explicar los orígenes de esta concepción liberal de la democracia, aunque también podríamos remontarnos a Platón como origen seminal de este idealismo de los hombres justos y sabios frente a los cavernícolas satisfechos con sus sombras y ecos. Para Chomsky esta es la mentalidad imperante en Occidente y acude a múltiples ejemplos de intelectuales, políticos, periodistas y hechos. Esta idea oligárquica de dominio obliga a un eterno control para imponer el orden y la supervivencia de los dirigentes, de los “responsables”. En las dictaduras y estados militares, dice Chomsky, los métodos de control son conocidos y nada sutiles: “Así, por ejemplo, en El Salvador, si los que mandan tienen miedo a que sacerdotes alborotadores o campesinos activistas se estén pasando de la raya, envían a los escuadrones de la muerte”. Pero en las sociedades libres, donde la gente ha conseguido a lo largo de los siglos cierto nivel de protección “frente a la violencia del Estado”, hay que recurrir a otros procedimientos, estos sí sutiles, y, afirma Chomsky, el principal de ellos es el control del pensamiento modificando o construyendo las opiniones (*adoctrinamiento*), lo que se consigue de dos maneras en las cuales los medios de comunicación son utilizados para esos fines:

1. La distracción pura y simple “de la chusma: basta que consigamos que preste atención a otra cosa, no a los asuntos públicos que no son cosa suya. Por lo tanto hay que procurar que se distraiga con el deporte, la sexualidad, la violencia..., con lo que sea. Cualquier cosa, siempre que no sea algo que los ayude a participar en el control de sus vidas”. En este caso, la televisión es el mejor medio porque “es intrínsecamente un instrumento de aislamiento”.

2. El adoctrinamiento directo o cómo ofrecer una imagen del mundo que se ajuste a la ideología dominante.

Según Chomsky, la segunda estrategia comunicativa está dirigida a las clases cultas, a aquellos de sus miembros que puedan tomar decisiones que influyan en algo, por pequeño que sea: empresarios, intelectuales, artistas y literatos, periodistas, políticos, científicos, etc. “La propaganda principal y más esmerada va dirigida a las clases cultas”, sentencia. Entre los fines de esa propaganda está, prosigue Chomsky, la

tentativa de destruir las organizaciones populares y los sindicatos de trabajadores. Chomsky apunta una tercera técnica de dominio para marginar al público y garantizar que los ciudadanos sigan siendo espectadores y no participantes: la toma de decisiones completamente fuera del dominio público por medio de las grandes empresas, los bancos y el Fondo Monetario Internacional. Los diversos gobiernos, afirma Chomsky, son un reflejo del poder económico predominante a escala mundial, por lo tanto existe una gobernación casi planetaria. Las instituciones que hacen esto posible son: el FMI, el Banco Mundial, el GATT (General Agreement on Tariffs and Trade, Acuerdo General sobre Tarifas Aduaneras y Comercio) y el G-7. “En realidad, -analiza Noam Chomsky- esto es lo que la prensa financiera internacional llama la “Nueva Era Imperial, con un gobierno mundial de hecho dirigiéndolo todo”. Y, por supuesto, las grandes multinacionales de la Comunicación, creadas eufemísticamente por medio de la concentración de capitales. Chomsky concluye que este es el sistema capitalista, incapaz por su propia idiosincrasia de alterar su lógica de dominio. Desde muchos años antes del 11-S, Chomsky previó que la amenaza para este sistema no provendría de las sociedades democráticas, bien controladas, sino de los regímenes radicales, fundamentalistas y extremistas del Tercer Mundo: “Y la prensa de los negocios explica esto en términos marxistas corrientes, es decir, que hay que mantener un clima de inversión saludable, con remesas de lucros adecuadas para los inversores, y todo eso se vería amenazado si los gobiernos comienzan a responder a presiones de su propia población o empiezan a producir para las necesidades nacionales, etc., etc. Esta es la gran amenaza y hay que destruirla, por supuesto; no se puede permitir que exista un peligro de esa naturaleza”.

Esta teoría y práctica platónica de dominio es la que Chomsky denuncia una y otra vez en sus ensayos y artículos. Considera que a través de los mensajes transmitidos por los medios de comunicación -el atontamiento de las masas y el adoctrinamiento de los más fuertes socialmente- se impide la libertad, la justicia y toda ética social.

Herbert Schiller (Nueva York, 1919, La Jolla, California, 2000) planteó en sus obras más relevantes<sup>2</sup> las conexiones globales en las que se enmarcan los procesos de comunicación desde la perspectiva del mensaje. En este sentido, Schiller renueva la comprensión de los medios ya que se acerca a fenómenos de contenido que habían sido minusvalorados como, por ejemplo, el papel de la industria Walt Disney en la transmisión ideológica de los valores de la sociedad norteamericana, la *National Geographic* como difusora de imágenes estereotipadas de los países y de las culturas, o la función de las encuestas de opinión para dirigir y encauzar al votante y al consumidor. Estas contribuciones han influido en autores como Ariel Dorfmann<sup>3</sup> y, en

<sup>2</sup>. SCHILLER, Herbert: •1977: *Comunicación de Masas e imperialismo yanqui*. Barcelona, Gustavo Gili. •1977: *El imperialismo USA en la comunicación de masas*. Madrid, Akal. •1986: *Información y Economía en tiempos de crisis*. Madrid, Tecnos. •1987: *Manipuladores de cerebros: mitos, técnicas... control de la mente*. Barcelona, Gedisa. •1996: *Aviso para navegantes*. Barcelona, Icaria más madera.

<sup>3</sup>. DORFMAN, Ariel (2002): *Patos, elefantes y héroes: la infancia como subdesarrollo*. Madrid, Siglo XXI de España Editores

general, en gran parte de la sociología comunicativa latinoamericana. También influyó en Europa, y muy concretamente en el comunicólogo belga Armand Mattelart<sup>4</sup> y, en general, en Francia (Pierre Bourdieu, Serge Halimi, Ignacio Ramonet), país en el que la comunicación (y la denuncia del periodista apegado y servil con el poder) ha producido los más intensos debates y obras filosóficas. En definitiva, lo que comprobamos es que la sociología de toda la comunicación (periodismo, publicidad, propaganda, espectáculo e infoentretenimiento) es en la actualidad un pensamiento que trasciende todas las interrelaciones sociopolíticas, culturales y económicas que se cruzan en la comunicación de masas, entendida como el aparato ideológico -en concepto de Althusser- imprescindible para el mantenimiento del neocapitalismo.

Toda esta larga introducción es necesaria para entender los contextos en los que se instala la profesora Labio Bernal en esta obra. Son contextos complejos y, en el caso de este libro, insuficientemente explicados o reflexionados, tal vez por la sujeción a un limitado número de páginas, aunque, sin duda, muy valioso por esa declaración de intenciones (p. 27), objetivo conseguido, de construir un “análisis de la situación mediática que pretende mover al pensamiento crítico”. “Al amparo de esa coartada llamada pluralismo, los medios copan una cuota de mercado a tenor del sesgo ideológico de los ciudadanos, pero no profundizan en los contenidos. Por este motivo, se tornan unánimes cuando hay que defender al sistema”. Esta premisa, que se supone hipotética porque se esgrime en las primeras páginas, la aplica analíticamente a las realidades de Estados Unidos, Europa y España y la desarrolla en apenas 180 páginas. Y es una labor de síntesis muy difícil. Pero lo consigue. Consigue mostrar ciertas realidades en detalles significativos. El libro está estructurado en 8 capítulos, bien ordenados y contruidos. Cada uno de ellos provoca curiosidad y despierta el interés por el debate ante muchas de sus afirmaciones, ejemplos y fuentes, cuestión que alabo con absoluta sinceridad.

Todo lo que relata y analiza Aurora Labio es pertinente y responde a lo real. El problema que se me plantea como lectora, en algunas ocasiones, es no poder admitir cierto ejercicio de equidistancia por parte de la autora ante ciertos conflictos políticos y empresariales que han jalonado la historia reciente de España. Por ejemplo, ante el caso Liaño, que relata en las páginas 159-162, acogido en el subcapítulo 8.4 titulado “Sogecable. Diferente caso según quién lo cuente”. Este título o forma de presentarlo recuerda demasiado al tópico de “todo es según el color del cristal con que se mire”. Si aceptamos eso para cualquier cuestión y razón, todo sobra. Empezando por los tribunales de justicia: la Audiencia Nacional archivó la causa contra la empresa de

---

<sup>4</sup>. MATTELART, Armand: •1973: *La comunicación masiva en el proceso de liberación*. México, Siglo XXI. •1984 (con STOURDZE, Yves): *Tecnología, cultura y comunicación*. Barcelona, Mitre. •1993: *La comunicación –mundo: historia de las ideas y de las estrategias*. Madrid, Fundación para el Desarrollo de la Función Social de las Comunicaciones. •1995: *La invención de la comunicación*. Barcelona, Bosch. •1997 (con MATTELART, Michèle): *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona, Paidós. •1998: *La mundialización de la comunicación*. Barcelona, Paidós. •2002: *Historia de la sociedad de la información*. Barcelona, Paidós



Polanco por considerar que no había pruebas por los delitos imputados. Y Javier Gómez de Liaño fue condenado a 15 años de inhabilitación por delito continuado de prevaricación en sus actuaciones como juez en este caso. De modo que, o se acepta la independencia del poder judicial como base del sistema democrático, o se defiende que cada cual, cada medio, cada periodista, interprete la realidad según sus intereses hasta el punto de considerar lo delictivo (que rompe con todas las reglas de convivencia democrática) como asunto mediático, por lo tanto, asunto para mirar con diferentes cristales de colores. Y es en esta segunda posición donde se genera esa imposible (racional y democráticamente) equidistancia.

Cualquier tiempo pasado no fue mejor. Es cierto lo que afirma la profesora Labio Bernal, que hoy “la sociedad asiste a una rebaja de calidad en sus contenidos” (p.179). Pero me parece que para establecer la justa comparación con otros “tiempos mejores” (supuestamente) habría que analizar los profundos cambios sociales que se están desarrollando al amparo de la velocísima evolución de las nuevas tecnologías de la comunicación y de la información. También es cierta esta afirmación: “La élite política y económica sabe que hoy en día la compleja estructura mediática hace difícil la contestación al sistema. Pero, a veces, a pesar de todo, siguen existiendo casos y ocasiones que llevan a escribir con letras mayúsculas la palabra periodista” (p. 176). Desde que existe el periodismo entendido como información rápida y masiva, esto es así. De otro modo, el sistema sería otro. Siempre ha existido un poder dominante (ese verdadero poder que puede pergeñar todo tipo de acciones para el atontamiento de las masas y para el control del rebaño, utilizando en cada época y lugar todos los medios disponibles). Partiendo de esta realidad, que tan bien analizaron en sus relatos periodísticos honestos y comprometidos periodistas de todas partes (como Robert Fisk, Amira Hass, Ryszard Kapuściński, Michel Herr, Manuel Leguineche, Ramón Lobo, Alfonso Armada, John Hersey, José Couso y una larguísima nómina de vivos y muertos imposible de seguir reproduciendo). Ellos han sabido que el mundo no se cambia por un reportaje ni por ninguna acción heroica. Pero dedicaron o dedican su vida a ejercer su profesión lo mejor posible, de la manera más justa posible.

Los que enseñamos periodismo no debemos intentar jamás llegar a soluciones únicas, como muy bien plantea la profesora Aurora Labio en sus conclusiones. Porque no las hay. Pero sí hay múltiples posibilidades derivadas de muchos actos colectivos e individuales de compromiso, responsabilidad y solidaridad.

Estamos asistiendo en estos últimos años a iniciativas muy interesantes gracias a las posibilidades de la red digital. Se están haciendo otros periodismos. Aparecen más voces. Algo está quebrando la seguridad del sistema que doblega al rebaño.

Supongo que esto merecerá un estudio por la profesora Aurora Labio Bernal. No son estas páginas de crítica espacio para abordar esta interesante y prometedora cuestión. En todo caso, este libro aquí reseñado es un estudio académico fundamental para comprender la actual estructura informativa globalizada. Para entender que el

pluralismo no se construye con propaganda hueca sino con conocimiento y responsabilidad ciudadana y profesional, una responsabilidad que comienza y termina en el compromiso por defender en cada circunstancia pertinente los principios democráticos que nos salvan de las peores arbitrariedades en las que todo poder, por el hecho de serlo, estaría dispuesto a cometer.

El periodismo es la actividad comunicativa esencial para la defensa de la democracia. Y no siempre, no siempre, se doblega ante el poder de lo mercantil, del dinero. A veces, los buenos periódicos, por ejemplo, piensan en el ciudadano y le informan con responsabilidad sobre la realidad y su sentido. Habría que empezar ya a no considerar que todos los medios son iguales, o que no existen diferencias entre ellos. Las hay. Y es en esa diferenciación donde reside precisamente el futuro del periodismo y el futuro de las sociedades democráticas. Por eso, en el interesante libro de Aurora Labio Bernal he echado en falta ciertos matices que a mí me parecen fundamentales. Ciertas diferenciaciones de comportamiento que en los próximos años van a situar a los medios y a los periodistas en sus respectivos lugares: en la indecencia de la manipulación (ese sensacionalismo rampante que se ampara en el poder del mercado) o en la responsabilidad, el rigor y el respeto por la ciudadanía.

María Jesús CASALS CARRO  
Universidad Complutense de Madrid

**LOARCE, José Luis, 2006:** *Restos de serie*. Ciudad Real, Loarce Gómez, J.L., Editor, 183 páginas.

José Luis Loarce nació en Ciudad Real en 1955. Licenciado en Historia Contemporánea por la Universidad Complutense, periodista, crítico de arte y editor, es autor de los libros *El interior del sobrero (Breves desórdenes críticos)*, Soubriet, 2001 y *En las ciudades*, Huerga y Fierro, 2004 y coautor de *Rutas arquitectónicas de Castilla La Mancha en el siglo XX*, (J.C.L.M. 1984) *Ciudad Real* (Mediterráneo 1992) y *La cultura de Castilla La Mancha – La Mancha en el siglo XX* (Añil).

Conocí a José Luis Loarce en el Curso de Verano 2006 de la Universidad Complutense “Dos horas después de las cinco de la tarde: Otros perfiles de la Tauromaquia” que se celebró en San Lorenzo de El Escorial, bajo la dirección del catedrático Juan Gómez Castañeda. Él participaba como asistente y yo como conferenciante con una investigación sobre los *Orígenes y evolución de la crónica taurina*.

Loarce me regaló un ejemplar de su libro *Restos de Serie*, publicado en 2006, un título que no responde al contenido, que representa una tercera entrega de sus textos periodísticos, de su columna semanal en *La Tribuna* de Ciudad Real o de sus previas recopilaciones de artículos que su prologuista Federico Gallego Ripoll describe así: “Esta crónica del ser, desde el afecto o la urgencia por los temas tratados, agrega a los descritos, y a otros muchos, el valor de un dietario compartido que fija para siempre lo que de particular aporta la visión de un observador cuidadoso y despierto a un tiempo y a un espacio, su elección de temas y personajes”

Soy de la opinión de que la columna periodística no es propiamente un género sino un espacio (ver “La columna periodística: algunas ideas” en *Estudios sobre el mensaje periodístico* nº 9, 2003) y eso lo prueba también José Luis Loarce con sus *Restos de Serie*, pues contienen desde la necrología de lujo dedicada a Juanito Valderrama, hasta los ecos de sociedad de la Boda Real del Príncipe de Asturias, el relato costumbrista, la crónica de la cultura, etc.

El columnista, para ser cronista, ha de ser un excelente lector y un pensador riguroso, o dicho de otra forma, alguien que conoce el verdadero valor de la existencia humana. Creo que eso es lo que manifiesta Loarce en las columnas que recoge su libro. Es más, si la clave para comprender la conversión del cronista en creador reside en la voluntad de transformar en poesía las palabras que sobre la actualidad van siendo trenzadas, Loarce cumple esa condición.

Maria Celia FORNEAS FERNÁNDEZ

Universidad Complutense de Madrid

**LOZANO BARTOLOZZI, Pedro, 2006:** *El “tsunami” informativo. Panorama comunicativo del siglo XXI*, Pamplona, EUNSA, 252 páginas.

“En 1974 –dice Pedro Lozano Bartolozzi- publiqué un libro titulado *El Ecosistema informativo* en el que se planteaba la interacción, casi biológica, entre los medios de comunicación y su contexto social, en una mutua reciprocidad. Era la primera vez que se utilizaba el término ecosistema para aplicarlo al mundo de la comunicación”. Treinta y tres años más tarde, este profesor navarro vuelve a acertar al proponer una inédita traslación metafórica desde el mundo de los fenómenos meteorológicos al mundo de los medios de comunicación: el *tsunami informativo*.

De acuerdo con la tesis de este último libro, el hecho nuevo que caracteriza el horizonte histórico de esos primeros años del siglo XXI es la sustitución del ecosistema informativo mediático como espacio hegemónico del diálogo social por otro distinto: “la emergente Sociedad de la Información que está arrinconando el papel dominante de los medios y dando paso a un *hábitat* distinto que he propuesto denominar como *posperiodístico*”. La noción más sencilla que podemos tener de esta nueva sociedad es aquella en la que todos los actores y sujetos sociales se erigen en emisores y receptores de información. Lozano Bartolozzi identifica –o por lo menos asocia– su nueva propuesta terminológica –el *tsunami* informativo, es decir, el torrente comunicativo cargado de una espectacular avalancha de contenidos que nos invade– con la supersaturación propia de esta sociedad. Para él, si le he entendido bien, buena parte de la culpa de esta actual opulencia informativa la tienen los actores comunicativos no periodísticos, tales como “los Gabinetes de Prensa y Relaciones Públicas de las distintas administraciones estatales y locales, los partidos políticos, los sindicatos, los clubs deportivos, las iglesias, las empresas e industrias de todo tipo, las universidades, los centros culturales; en suma, todos los sujetos del tejido social.” Y a esta nueva etapa de la historia de la comunicación Lozano Bartolozzi la denomina *posperiodismo*, caracterizada por la presencia de un número prácticamente inconmensurable de actores comunicativos, conectados gracias a una estructura de red, que están en condiciones permanentes de remitirse unos a otros mensajes que propiamente no son periodísticos, pero que sí deben ser considerados mensajes informativos.

La idea sustentada por esta tesis me parece sumamente sugerente, pero también se me antoja un tanto ingenua y voluntarista en algunas de sus facetas. De modo especial si deseamos utilizarla en la aplicación de un posible criterio práctico diferencial para distinguir entre “medios periodísticos” (es decir, los que emiten *mensajes periodísticos*) y “actores informativos que no son medios periodísticos” (los que difunden *mensajes no periodísticos, pero sí informativos*) dentro del actual e inevitable *tsunami* de todos los días. Y este criterio diferenciador, a juicio del profesor navarro, es la “funcionalidad profesional”. Me temo que el nivel clarificador de esta piedra de toque para el contraste de calidad –la funcionalidad profesional– no sea suficientemente preciso en muchas ocasiones reales de la vida cotidiana, sometida al

impacto de todos los mensajes mediáticos que debemos soportar de continuo, de buen o de mal grado.

Tengo todavía muy reciente una experiencia española relacionada con la “funcionalidad profesional” propugnada por Lozano Bartolozzi que nos puede servir de faro orientador para entender cuán alto puede ser nivel de indefinición de este criterio diferencial, tanto desde un enfoque práctico propio del oficio de los comunicadores públicos, como desde la perspectiva teórica desde la que pontifican los llamados comunicólogos. El caso a que me refiero es el siguiente.

Desde finales de enero del 2007, la Comisión de Quejas y Deontología de la FAPE (Federación de Asociaciones de la Prensa de España) está debatiendo un borrador que pretende puntualizar más claramente el principio ético que establece la “incompatibilidad entre el ejercicio de la profesión periodística y las actividades publicitarias” recogido en los arts. 18 y 19 del Código Deontológico de la FAPE, aprobado en 1993. El punto básico para la falta de acuerdo es la disparidad de opiniones entre los miembros de esta Comisión sobre un epígrafe acerca del ejercicio de la actividad publicitaria: “La Comisión entiende –dice el borrador– que dentro del concepto de ejercicio de la profesión publicitaria deben incluirse las siguientes actividades: 1) *agente o gestor de publicidad*; 2) actos continuados o aislados que sean específicos y propios de las actividades denominadas *relaciones públicas, gabinetes de comunicación (Dir-Com), asesoría de prensa y de imagen* y actuaciones similares propias de la *comunicación corporativa*”. La Comisión está integrada por periodistas profesionales de larga experiencia, juristas de altísimo relieve y catedráticos universitarios del campo del Derecho y de la Comunicación social (Periodismo y Publicidad), Y la discrepancia se produce en relación con el apartado 2), el que hace referencia a relaciones públicas, gabinetes de comunicación, etc. Creo que éste es un ejemplo muy evidente de que la utilización del criterio de “funcionalidad profesional” puede conducir a un debate bizantino y estéril no sólo entre los propios comunicadores públicos (es decir, los profesionales de amplio espectro informativo), sino también entre los comunicadores prácticos y los comunicólogos teóricos, como de hecho ha estado sucediendo en el seno de este organismo profesional de los periodistas españoles.

Dejando a un lado este posiblemente excesivo optimismo, el libro de Pedro Lozano Bartolozzi está lleno de enfoques novedosos sumamente atractivos. Como ya hemos visto, al autor le gusta encontrar fórmulas terminológicas nuevas para bautizar sus diagnósticos sobre el presente y sus intuiciones para el futuro: además del *tsunami*, otros hallazgos lingüísticos son sociedad archipelágica, selva mediática, diplomacia fáustica, razón comunicativa, posperiodismo, etc. Estos hallazgos no son simples *flatus vocis*, sino que responden a contenidos muy densos que dan peso y sentido a las palabras elegidas. Es más: no es la primera vez que el autor se ha servido de estas fórmulas innovadoras, según él mismo confiesa: parte de estos materiales habían sido ya utilizados en ponencias, artículos y trabajos dispersos y en estas ocasiones anteriores ya habían sido designados de acuerdo con los mismos nombres que utiliza

ahora en este libro. A Pedro Lozano el furor adánico de poner nombre a los animales y a las cosas le viene ya desde antiguo y hay que reconocer que lo hace muy bien.

En resumen: estamos ante un libro que llega hasta nosotros cargado de densas reflexiones, planteamientos críticos e ideas innovadoras. Por todo esto, *El tsunami informativo* es un libro altamente recomendable para todos los que nos dedicamos a pensar sobre conceptos como información, conocimiento, cultura, sabiduría, etc. Las preguntas de los coros de *La Roca* del poeta T.S. Eliot siguen en pie: “¿Dónde está la sabiduría que hemos convertido en conocimiento? ¿Dónde está el conocimiento que hemos convertido en información?” Este libro no da una respuesta a estos interrogantes, pero sí nos ayuda a entender la verdadera dimensión de esta gran pérdida que hoy vive la humanidad: que la profunda sabiduría sea sustituida por el superficial conocimiento nacido de un escueto proceso de interpretación periodística, elaborado a partir de una avalancha de datos llegados a nosotros torrencialmente, es decir arrastrados por el *tsunami* informativo de todos los días.

José Luis M. ALBERTOS

Universidad Complutense de Madrid

**MÁRQUEZ DE PLATA, José Manuel; MARTÍN RIEGO, Manuel y RUIZ SÁNCHEZ, José-Leonardo, 2006: *Marcelo Spínola. Estudios en un Centenario (1906-2006)*. Sevilla, Fundación San Pablo Andalucía (CEU), 386 páginas.**

El que fue cardenal y arzobispo de Sevilla, Marcelo Spínola, nos ha dado abundantes motivos para que nos ocupemos de su figura, pero la mayoría no tienen que ver con los temas que solemos tocar en estas páginas. No nos interesan aquí, por ejemplo, su condición de figura eminente de la Iglesia española, que rigió las diócesis de Coria-Cáceres (1885-6), Málaga (1886-96) y Sevilla (1896-1906); ni que atendiera como pocos la formación del clero o que fundara una congregación de religiosas dedicadas a la formación de las niñas pobres; ni el que promoviera la Liga Católica, donde unió a cristianos de diferente extracción política para poner fin a las divisiones y les enfervorizara para la consecución de los mismos logros electorales. Lo que nos interesa es el papel que desempeñó en el campo de la prensa y la propaganda católicas, abanderando iniciativas que convertirán a la ciudad hispalense en capital de un movimiento que tuvo en las primeras décadas del siglo pasado un significado y una proyección extraordinarios.

Después de muchos rechazos y vacilaciones a lo largo de dicha centuria, determinados jerarcas de la Iglesia y laicos comprometidos fueron cayendo en la cuenta del papel incommensurable que podía jugar la prensa en la batalla que se libraba contra la impiedad y el anticlericalismo y, por otra parte, como instrumento al servicio de las ideas religiosas que les resultaba indispensable difundir, una vez que se eliminaran las voces destempladas que en todo momento surgían entre las mismas publicaciones llamadas católicas para enzarzarse en polémicas estériles. Llegar a esta conclusión, que parece una obviedad, fue fruto de una larga decantación de las ideas y de una conciliación de personas, hasta entonces virulentamente enfrentadas. Si no todos los que debieran, al menos un buen puñado de cristianos tomaron conciencia de lo que la prensa significaba y de la necesidad de ponerla al servicio del bien común.

La actuación del cardenal Spínola aplicada a esta tarea merece ser puesta de relieve y es lo que hace el profesor José-Leonardo Ruiz Sánchez, de la Universidad de Sevilla, en la parte que desarrolla dentro de este volumen colectivo. Allí va detallando las actuaciones del ya beato, que supo ver, desde bien pronto, el provecho que se le podía sacar a una utilización confesional de la prensa. En ese sentido destacan los escritos pastorales que fue desgranando a lo largo de su pontificado, en los que alertaba a sus fieles sobre estas cuestiones: “A la prensa demoledora, que con sus perversas artes todo lo corrompe y envenena, debía seguir los pasos una prensa por así decirlo apostólica, que fuese reparando las ruinas, por aquella amontonadas, y fortificando lo que aún no había conseguido derribar”, escribe en una ocasión. Pero no se limitó a estos paternales avisos, sino que bien pronto pasó a la acción.

En 1898 funda en Sevilla la Asociación Diocesana para las Buenas Lecturas; a

continuación la Asociación de la Buena Prensa de Sevilla (con más de medio millar de asociados en 1901); más tarde convoca la Primera Asamblea Nacional de la Buena Prensa (1904, un éxito de asistencia y de brillantez en conferencias y pláticas, pero todavía más porque es la primera vez que los responsables de periódicos se ponen de acuerdo sobre el sometimiento a la jerarquía que deben acatar en los medios que se presentan como católicos)... Funda el diario *El Correo de Andalucía* (1899), porque piensa que no sólo hay que lamentarse por las malas artes de los enemigos, sino que se les deben oponer periódicos bien realizados a los contrarios (y aun a los propios, como el integrista *Diario de Sevilla*, beligerante hasta con sus propios hermanos). Involucra a sacerdotes, seminaristas y toda clase de laicos y la diócesis hispalense se convierte en adelantada de este tipo de apostolado, que antes o después florecerá con parecido empuje en otras muchas provincias, con las mismas o semejantes denominaciones y con dirigentes de la talla de Mons. López Peláez o el P. Dueso. La creación de *El Debate* y su lanzamiento como el gran rotativo católico nacional, merced a la acción de Ángel Herrera Oria, no es sino la culminación de un pensamiento y de una conciencia que personalidades como las citadas contribuyeron vivamente a formar.

Aunque no son muchas las páginas que dedica a este movimiento, el profesor Ruiz Sánchez sabe de qué habla porque son numerosos los trabajos anteriores en los que daba cumplida cuenta de los avatares que se sucedieron. Recordemos *Prensa y propaganda católica (1832-1965)*, publicado por la Universidad de Sevilla en 2002, o el volumen colectivo *Catolicismo y comunicación en la historia contemporánea* (2005, también en la misma Universidad), recensionados por nosotros en su momento.

Fue muy interesante la actividad de mons. Marcelo Spínola, según refleja este autor, aunque su muerte relativamente temprana privó a toda esta actividad de la dirección y el impulso que había sabido imponerle. Está bien que se recuerde y se rinda homenaje a un prelado que supo calibrar la importancia que la prensa tenía para los católicos: les hizo ver que no podían seguir dándole la espalda, como por desgracia hicieron tantos dirigentes de la Iglesia española en las décadas anteriores.

Juan CANTAVELLA

Universidad CEU - San Pablo



**MURO BENAYAS, Ignacio**, 2006: *Globalización de la información y agencias de noticias. Entre el negocio y el interés general*. Barcelona, Paidós Papeles de Comunicación 48.

Hasta ahora, era habitual iniciar cualquier trabajo o exposición sobre las agencias de prensa con una coletilla recurrente: “De las agencias se sabe muy poco”. No es un recurso tópico atribuible a una falta de imaginación o de creatividad del investigador o del periodista que trata de profundizar en el mundo de un medio de comunicación fundamental en las redes transnacionales de información, que mueve como se ha dicho, una vez más, las dos terceras partes del flujo mundial de noticias pero que en cifras absolutas de negocio no tiene, ni por asomo, la misma relevancia que otros conjuntos mediáticos.

A partir de ahora, se podrá afirmar que de las agencias no se sabe mucho, pero sí algo más, gracias al trabajo de investigación desarrollado por Ignacio Muro Benayas, *Globalización de la información y agencias de noticias*, acompañado de un subtítulo sugerente de lo que viene después: *Entre el negocio y el interés general*.

La obra de Muro es, posiblemente, la más completa de las publicadas hasta ahora en español sobre las agencias de prensa y plantea unos diagnósticos del estado actual de las agencias, la “salud” de estos medios y posibles terapias para el futuro dignas de ser tenidas en cuenta.

Decía este economista, que llegó a ocupar la gerencia de EFE durante cuatro años además de desempeñar otros cargos directivos en la misma, durante la presentación de su libro, que las agencias son las garantes últimas de la libertad de expresión, toda vez que permiten el acceso al flujo mundial de noticias a cualquier ciudadano del mundo.

Y esto es ya así, pues si el papel tradicional de las agencias era el de mayoristas de la información, la irrupción a principios de los años 90 de Internet como soporte comunicativo permitió que lo que eran servicios de un alto coste –relativo- pudieran estar al alcance de otro tipo de clientes.

“En ese período –señala Ignacio Muro- se ha consolidado la globalización como fenómeno y las empresas han pasado de depender de un mercado nacional y protegido a lanzarse a la intemperie de un mercado internacional y desprotegido. En paralelo, y al tiempo que se ha universalizado la información sobre la economía, la cultura, el deporte, la ciencia, la salud o el medio ambiente, los habitantes del planeta han comenzado a sentirse ciudadanos del mundo”.

Interesante es también lo que este autor denomina “intangibles de las agencias”. Son valores que Muro describe como la capacidad de influencia y la credibilidad. La medida de la influencia la da el número de medios que tienen sus servicios, mientras que la credibilidad es la base de la expansión nacional e internacional y el fundamento de su negocio. La interacción de ambos elementos da como resultado un valor muy superior a su dimensión empresarial.

Las agencias generalistas en todo el mundo alcanzan una facturación que ronda los 2.500 millones de euros, según los datos manejados por Muro, que a pié de página suelen aparecer referidos al año 2003, una aproximación muy aceptable si se tiene en cuenta que en los años 80 y primeros 90 las obras dedicadas a estos medios manejaban cifras con una antigüedad superior a los diez años.

Es una cantidad discreta, que corresponde a las ventas de una sola empresa del sector de las telecomunicaciones de tamaño medio. Por ejemplo, según datos de Forbes referidos a 2005, por encima de esa cifra global de 2.500 millones de euros (unos 3.100 millones de dólares) estaría la facturación de grupos como el Daily Mail británico (3.200 millones de dólares) y muy próxima la de un solo periódico como el New York Times (2.970 millones de dólares).

Con la digitalización, la exigencia de rapidez ha desplazado incluso a la de calidad en los textos de agencias. Antes, cuando las ediciones de la prensa escrita daban suficiente tiempo al responsable de una sección a escoger el mejor texto entre los que le ofrecían las agencias, el redactor no tenía esa presión brutal que tiene ahora, sabedor de que en los medios “on line” capta el crédito el que entra antes, no el que presenta la mejor pieza periodística.

Paradójicamente, este aspecto vinculado a la digitalización de los medios ha supuesto un mayor protagonismo para las agencias. “El hecho de que la inmensa mayoría de los servicios ‘web’ –señala Muro- se limiten a ‘cortar y pegar’ las noticias de las agencias, aumenta la capacidad de éstas de condicionar lo publicado. Los gabinetes de comunicación son conscientes, cada vez más, de que la forma de titular de las agencias encauza y orienta el título de todos los medios. Hasta ahora se suponía que los medios titulaban de acuerdo con sus interpretación de la importancia de la noticia o según sus intereses editoriales; hoy, con la técnica rápida de ‘cortar y pegar’, el titular de una agencia ha pasado a ser el principal objeto de deseo (o de crítica) de los gabinetes de prensa”.

Si la dimensión económica de las agencias es escasa, Muro aporta unos datos muy interesantes para llegar a la conclusión de que más insignificante es aún la aportación de aquellas a la cadena de valor de la información si se utiliza como referente lo que gastan los diarios en servicios de agencia comparado con sus cifras de negocio.

La estimación del autor de este libro apunta a que los diarios generan un contenido informativo cuyo valor añadido multiplica por 150 el coste de la información que incorporan del exterior. Y distingue también del uso que hacen de las agencias los considerados “grandes medios” y los “medios pequeños”. Para los primeros, el servicio de agencia tiene como utilidad básica alertar sobre acontecimientos y levantar noticias, de tal forma que si el diario dedica inmediatamente sus esfuerzos a obtener nuevos datos por sus propios medios, lo que más valor añadido puede aportar a las noticias. Como afirma Muro, en este caso, la agencia es un proveedor de ‘materia prima’.

Distinta es la situación en el medio pequeño, pues cuanto menor es la dimensión del mismo, menos capacidad tiene para alcanzar ese valor añadido que está al alcance del “grande”.

En otras palabras, un gran diario, por lo general perteneciente a un gran grupo mediático, puede subsistir mucho mejor sin un servicio de agencia que otro pequeño, en el que la agencia supone lo que Muro denomina “proveedor de productos terminados o semiterminados”, en lugar de materia prima como era en el caso anterior.

De esa realidad se derivan cifras que apuntan a que los grandes diarios acreditan una escasa publicación de agencias (entre un 5 y un 10 por ciento de lo publicado), los medianos elevan este porcentaje hasta un 35 por ciento, y los pequeños se van hasta el 65-80 por ciento de lo publicado.

Si se añade a esta situación lo indicado para los medios digitales, Ignacio Muro se pregunta si esta realidad justifica que la aportación de las agencias al negocio de la información sea sólo de un 0,7 por ciento, según el dato obtenido previamente por él mismo. (Apuntaba este autor que el gasto en compra de contenidos españoles se estimaba para el año 2003 en algo menos de 20 millones de euros mientras que la facturación del conjunto de las agencias en España, incluidas las especializadas, era de 185 millones de euros).

La respuesta es, evidentemente, que no y que es más evidente todavía que no existe una correlación entre el valor del uso de las noticias de agencia, que es reconocido en términos de porcentaje sobre lo publicado, y su escasa incidencia en el presupuesto de gastos de sus abonados. Una situación que, afirma Ignacio Muro, no puede seguir eternamente y que aconseja revisar el modo en el que se relacionan agencias y sus clientes para reequilibrar sus cuentas de resultados e identificar lo que les une para que todos ganen con los cambios.

José Ángel CASTRO SAVOIE  
Universidad Complutense de Madrid

**OLMOS, Víctor, 2006:** *La Casa de los Periodistas. Asociación de la Prensa de Madrid 1895-1950*. Madrid, Asociación de la Prensa, 707 páginas.

En el año 1995 la Asociación de la Prensa de Madrid cumplió su primer siglo de vida. A las diez de la noche del 31 de mayo de 1895, en la sala de actos de la Sociedad Económica Matritense se abrió la sesión en la que quedaría constituida definitivamente esta Asociación y elegida su primera Junta Directiva. Con motivo de este solemne aniversario, aunque con algunos años de retraso, esta institución profesional ha sacado a la luz pública este excelente trabajo que abarca la historia de los 55 primeros años de la entidad.

Según cuenta el actual presidente de la APM, Fernando González Urbaneja, a finales de 2004, “al borde del 110º aniversario, la Directiva decidió la preparación de esta historia, sin plazo perentorio, pero con la exigencia inexcusable de obtener un buen trabajo profesional, un libro del que nos sintiéramos satisfechos, orgullosos incluso, aunque este oficio enseña a protegernos de entusiasmos”. A la vista de los resultados palpables, el objetivo inicial se logró plenamente: este es un libro como para sentirse orgullosos de él, y no solamente por lo que en él se cuenta, sino también por el rigor metodológico con que ha sido elaborado.

En un primer momento se pensó en la profesora Mercedes Cabrera –catedrática de Ciencias Políticas en la UCM, autora de meritorios trabajos históricos sobre la prensa diaria madrileña y actual ministra de Educación- como posible investigadora a quien encargar este trabajo. Pero finalmente prosperó la propuesta a favor de Víctor Olmos, veterano periodista y socio de la APM desde hace casi 50 años, que tenía ya entonces sobradamente acreditado un notable prestigio como escritor sobre cuestiones históricas relacionadas con medios de comunicación periodística: *Historia de la Agencia Efe* (1997), *Historia de ABC* (2002) y *Un día en la vida de El Mundo* (2004). Víctor Olmos, en efecto, ha sabido responder plenamente al encargo que le hicieron, uniendo experiencia profesional a preparación investigadora, y añadiendo un punto de compromiso e interés personal por tratarse de algo cercano muy apreciado por él. Es más: el resultado final permite afirmar que estamos ante un libro que conjuga a la perfección la técnica narrativa propia de los grandes reportajes periodísticos con del rigor investigador de los mejores historiadores. “El autor –apostilla con acierto F. González Urbaneja- ha puesto mucha pasión y más trabajo para ofrecer la historia de nuestra APM, con luces y sombras, una historia de periodistas en un sociedad agitada”.

“Una historia de periodistas en una sociedad agitada”. He aquí perfectamente resumido el meollo sustancial de estas primeras 700 páginas dedicadas a explicar la historia de esta institución madrileña. El profesor Bernardino M. Hernando, también miembro de la Directiva que tomó en 2004 la decisión de promover este libro, había coordinado en 1999 un trabajo colectivo de la APM de menor entidad que el de Víctor Olmos pero que puede considerarse precursor de *La Casa de los Periodistas*. Se titula este estudio *100 años de la Asociación de la Prensa de Madrid. 1895-1995*. En el

prólogo el editor ya deja constancia de su admiración y respeto por los hombres y mujeres que tuvieron que desempeñar su actividad profesional de periodistas en los azarosos cien años en que se desenvuelve la historia de la Asociación: “Nos hubiera gustado haber podido publicar, acta por acta, todos los cientos que se fueron escribiendo al ritmo de las mil y una reuniones de las juntas directivas. Cien años de actas, cien años de pasiones y peripecias. Las mismas de los cien años de la historia de España. Nada puede sustituir la lectura directa de las actas que resumen, reunión a reunión, los diálogos y acuerdos de la Junta Directiva. Atesoran tal cúmulo de vida que sólo el latido de su lectura da idea del espectáculo modesto y significativo con el que aquellos asombrosos periodistas sin carrera ni título iban siguiendo los cauces de una España tan difícil”.

Efectivamente, el repaso de estos 55 años de historia causa verdadero asombro al espectador contemporáneo si queremos valorar aquel mundo con los parámetros profesionales de hoy, quiero decir, de la época posterior a la transición política. El asombro es despertado, en primer lugar, por el prestigio político y cultural de los más destacados periodistas de aquel tiempo. Pero también causa un asombro añadido la consideración y recuerdo de sus gestas. Probablemente, nunca como en este período aquí reseñado, los avatares políticos de la gran historia de España estuvieron tan estrechamente vinculados a la pequeña historia de una entidad estrictamente profesional, como era entonces y lo sigue siendo todavía la Asociación de la Prensa de Madrid.

Una breve relación de algunos nombres punteros nos servirá de argumento probatorio para justificar esa sensación de asombro a la que se refería Bernardino M. Hernando. El primer presidente de la APM fue Miguel Moya y todavía es el que se ha mantenido más tiempo en el desempeño del cargo, 25 años. En los ambientes políticos y sociales de Madrid era conocido como “el periodista por antonomasia” y, verdaderamente, merecía tal denominación puesto que como presidente de la Sociedad Editorial de España, desde 1906, controlaba los tres diarios madrileños más significativos de principios del siglo XX: *El Liberal*, *El Imparcial* y *El Heraldo de Madrid*. El segundo presidente, José Francos Rodríguez, fue miembro de la Real Academia de la Lengua, alcalde de Madrid y dos veces ministro (de Instrucción y de Gracia y Justicia). El tercero, Alejandro Lerroux, fue elegido por primera vez presidente del Gobierno, en 1933, cuando también era presidente de la APM (posteriormente repitió hasta seis veces como presidente del Gobierno). Con anterioridad, otro asociado, José Sánchez Guerra, ya había sido elegido presidente del Gobierno en 1922. Finalmente, Torcuato Luca de Tena, fundador de *Blanco y Negro* y *ABC*, fue vicepresidente de la Asociación y mereció el reconocimiento oficial de su carisma público pasando a ser efigie de un sello conmemorativo del 40 aniversario de la APM en plena República Española, 1935. A esta lista de próceres habría que añadir el nombre del maestro Azorín, protagonista de un escándalo profesional en 1928 con motivo de la representación de una comedia, escrita en colaboración con el humorista Pedro Muñoz Seca titulada *El Clamor*; pieza en la que se atacaba a los periodistas: Azorín, socio de la APM, fue expulsado de ella, lo que motivó la dimisión solidaria de ilustres asociados como Manuel Machado, Javier Bueno y el fotógrafo Alfonso, vocales de la Junta

Directiva. Aunque al año siguiente la Junta volvió sobre su acuerdo anterior y propuso el reingreso del académico, Azorín no se tomó la molestia de solicitar su readmisión.

Víctor Olmos ha ido buceando parsimoniosamente en diversas fuentes históricas para brindar a los lectores de hoy una crónica meticulosa y fidedigna del primer medio siglo de vida de la APM. Como el mismo autor ha señalado, durante ese período de tiempo esta institución funcionó casi exclusivamente como una asociación de carácter benéfico, por medio del Servicio Médico y Farmacéutico y el Montepío de Periodistas. La fuente principal de financiación para estas labores asistenciales eran los ingresos proporcionados por el periódico *La Hoja del Lunes*, que se estuvo publicando desde 1930 aprovechándose de un régimen privilegiado de monopolio informativo al ser éste un día de descanso obligatorio para los demás medios impresos. En el debe de la APM hay que situar las justificadas acusaciones de que este periódico corporativo se ha caracterizado casi siempre por adoptar un tono editorial excesivamente progubernamental. Es evidente que a lo largo de todos estos años se han sucedido, alternativamente, momentos de luz y momentos de oscuridad. La gran virtud de *La Casa de los Periodistas* es que refleja tanto las luces como las sombras de esta apasionante aventura profesional con una extraordinaria ecuanimidad. Estamos ante un trabajo histórico muy digno y riguroso, ante el cual sus promotores—la actual Junta Directiva de la Asociación de la Prensa de Madrid— pueden sentirse legítimamente orgullosos.

Un recuerdo final antes de terminar. El autor reconoce al comienzo cuáles han sido las fuentes utilizadas para la preparación de este libro: actas de la Junta Directiva y de las juntas generales de la APM, recortes de prensa, historias del periodismo español, biografías de periodistas y escritores famosos, etc. Y pondera de modo especial la ayuda de dos obras de gran utilidad para su trabajo: *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX* (1904), de Manuel Osorio y Bernard, y el *Catálogo de periodistas españoles del siglo XX*, de Antonio López de Zuazo, profesor en la Facultad de CC. de la Información de la Universidad Complutense (no de la Autónoma, como dice erróneamente V. Olmos). De López de Zuazo conocemos muchos no sólo la magnitud y excelencia del fichero de periodistas que obra en su poder, sino también su gran generosidad intelectual a la hora de facilitar a otros los datos más o menos secretos almacenados en sus archivos. Por razones de amistad y de complicidad laboral durante muchos años, me alegra ver que el laborioso autor de *La Casa de los Periodistas* ofrece aquí un público homenaje de agradecimiento al querido y esforzado compañero Antonio López de Zuazo. Y haré un último ruego: que la APM recoja el testigo abandonado por la Fundación Universidad Empresa en 1988 y retome la publicación del segundo tomo (de la G a la Z) de la segunda edición del *Catálogo* de este benemérito profesor de la Complutense, el Zuazo como es cariñosamente conocido este texto por los que nos dedicamos a cuestiones relacionadas con la Teoría del Periodismo.

José Luis M. ALBERTOS

Universidad Complutense de Madrid

**PERALTA, Miquel**, 2005: *Teleinformatius. La transmissió televisiva de l'actualitat*. Barcelona: Trípod, Papers d'Estudi.

En *Teleinformatius. La transmissió televisiva de l'actualitat*, Miquel Peralta contribuye a saldar una deuda que la investigación en comunicación todavía mantiene pendiente. Según una creencia firmemente establecida en nuestro campo de trabajo, los noticiarios televisivos son el programa que mayor influencia ejerce sobre la opinión pública, ya que son uno de los referentes principales de la programación del medio televisivo, escogido por la mayoría de la ciudadanía como fuente de información. Sin embargo, el estudio de los contenidos televisivos ha dedicado una proporción mínima de su esfuerzo a comprobar el verdadero calado de un formato con un valor simbólico de magnitud tan considerable como la función social que cumple. Por suerte, los trabajos de Pedro Maciá y de Miguel de Aguilera allá por la década de los ochenta han comenzado a encontrar un desarrollo sistemático en tesis doctorales de investigadores como Alejandro Salgado, José Alberto García Avilés, Carles Marín o el propio Peralta, que han contribuido a llenar un vacío difícilmente comprensible.

El texto de este profesor de la Universitat Ramon Llull de Barcelona y periodista de TVE en los Servicios Territoriales de Catalunya está dividido en dos grandes partes. En la primera, se ofrecen una serie de aproximaciones teóricas a conceptos imprescindibles para la práctica del periodismo televisivo. Con un estilo divulgativo, las resonancias de los manuales se dejan sentir con claridad, acompañados de ejemplos oportunamente extraídos de su experiencia profesional. De este modo, se incluyen tipologías que resumen las conexiones en directo, los criterios periodísticos o los formatos de las noticias televisivas, completando el análisis con aspectos vinculados al desempeño práctico del periodismo audiovisual, como la locución o el montaje. Sin embargo, no se incluye una tipología de los propios teleinformativos, intuyéndose uno de los ámbitos de desarrollo futuro para los investigadores e investigadoras que trabajen en este campo.

La segunda parte se basa en un estudio de caso sobre la figura del ex President de la Generalitat, Jordi Pujol, aireando las estrategias de comunicación que empleaba uno de los personajes que mayores réditos ha sabido extraer de su relación con el cuarto poder. El autor presenta a Pujol como una de los mandatarios que mejor han sabido gestionar su visibilidad pública, alcanzando una práctica omnipresencia en el discurso informativo catalán y, en menor medida pero también con éxito, en el español. Su preocupación por la comunicación se tradujo no sólo en presencia audiovisual, sino que intentó por todos los medios potenciar el sector de las industrias culturales en Catalunya. Sin embargo, esto no es sinónimo de una relación cordial con los medios, sino que las desavenencias, especialmente con los medios estatales, fueron frecuentes. La obra nos ofrece, a modo de anecdotario que invita a una posterior categorización más profunda, los recursos que ponía en práctica el President para construir su imagen pública e intervenir en el ruedo político.

Resulta complicado encontrar el equilibrio entre la publicación de contenidos atractivos para un público que exceda a la comunidad universitaria y la oferta a este colectivo de una profundidad analítica en las conclusiones que se extraen. En este difícil juego se mueve Peralta, con mayor índice de éxito que de fracaso, proporcionando una obra accesible para todas aquellas personas intrigadas por conocer lo que sucede detrás de las cámaras que, día a día, se convierten en una bandeja que sirve la actualidad informativa cada día. El estilo es claro y conciso, factor de agradecer en un entorno académico que, por desgracia, muchas veces se aleja de los ideales formales de su propio objeto de estudio, el periodismo.

Estamos ante un libro no exento de un relativo grado de autocrítica, teniendo en cuenta la ocupación del autor, en el que se denuncian muchos de los vicios, ya sean impuestos por las condiciones productivas o voluntarios, tanto de los periodistas como de los políticos. Esta equidistancia, tan necesaria en un análisis en profundidad de la producción informativa, se concreta en la advertencia de que “los medios no deberían ser sólo unos altavoces de los políticos y la información de Política debería ser alguna cosa más que un resumen de declaraciones, réplicas y contrarréplicas” (p. 167). Mantener la distancia suficiente sobre el propio trabajo es una virtud que se debe alabar, ya que el nivel de implicación personal suele convertirse en un obstáculo muy difícil de salvar para muchos profesionales, ya sean periodistas o académicos. Peralta lo consigue en ambos aspectos y firma un libro que cubre un vacío en las Ciencias de la Comunicación, al mismo tiempo que brinda vías para proseguir la investigación de un formato que forma parte, por méritos propios, de la historia de la televisión.

Miguel VICENTE MARIÑO

Universidad de Valladolid



**PILGER, John** (ed.), 2007: *¡Basta de mentiras! El periodismo de investigación que está cambiando el mundo*. Barcelona, R.B.A. Libros, 496 páginas.

La oferta de la prensa es mucho más amplia y compleja que la exposición de las noticias y la emisión de opiniones. Una derivación de ambas, muy tenida en cuenta desde el principio, es la denuncia: la actitud de quien no se limita a transmitir lo que los poderosos (de cualquier signo) quieren hacer llegar a los lectores, sino que inquiere, investiga, incita y expone, oportuna e inoportuna, para que ciertos abusos y acciones desmedidas no queden impunes, sino que afloren por encima de lo que algunos están empeñados en ocultar. Gracias a este tipo de acciones los corruptos, prepotentes y canallas no siempre se han salido con la suya como pretendían, aunque bien es verdad que no se ha podido anular a todos y, en ocasiones, también se ha disparado pólvora en salvas, porque no se acertó con la descripción del delito o con el señalamiento de los delincuentes.

Este libro que tenemos ante nosotros (*¡Basta de mentiras!*) es un buen ejemplo de esa acción denunciadora e investigativa. Pilger ha sabido seleccionar, entre un amplio muestrario de textos periodísticos de este carácter, aquellos más llamativos y en algún caso hasta arquetípicos. No le ha sido difícil, porque hay abundantes crónicas y reportajes publicados en periódicos de todo el mundo en esta línea (es una pena que haya dejado de lado los precedentes del área hispana, para centrarse exclusivamente en los anglosajones). Al leerlos, aun los críticos más recalcitrantes que tenemos los periodistas deberían reconciliarse con la prensa, porque es una demostración de que el valor, el empeño, el ingenio, riesgo y sacrificio pueden aunarse para realizar nuestro trabajo de una manera competente y salvífica.

Ahí está el texto escrito por Martha Gellhorn (estuvo casada con el también periodista Hemingway), que fue la primera que visitó el campo de concentración de Dachau, lugar al que los alemanes derivaban a judíos y demás marginales para aplicarles la “solución final” (eufemismo con el que se quería ocultar el fin programado de asesinarles). Allí reproduce las conversaciones con los supervivientes, apenas unos esqueletos recubiertos mínimamente por la piel reseca. También está el relato de Wilfred Burchett sobre la acción de las bombas nucleares que se dejaron caer sobre poblaciones japonesas para acelerar la rendición de sus tropas, cuando realmente ya se encontraban al borde de la entrega. Había interés en ocultar los devastadores e ignorados efectos que producían en toda la población, incluso entre los que se hallaban en un radio alejado, pero se topaban con las partículas que arrastraban ríos y vientos: tuvo que ponerse serio para lograr que fueran conocidos por sus lectores. Mientras *The New York Times* titulaba en primera, “Ninguna radioactividad en las ruinas de Hiroshima”, Burchett escribió en el *Daily Express*: “En Hiroshima, treinta días después de que la primera bomba atómica destruyera la ciudad y conmociona al mundo, la gente sigue muriendo, de modo misterioso y horrible -personas que no

resultaron heridas por el cataclismo-, debido a algo desconocido que solo puedo describir como peste atómica”.

Hay más, mucho más, claro está. Seymour M. Hersh reconstruye lo que fue la matanza de My Lai (Vietnam); Phillip Knightley, el escándalo de la talidomida; Günter Wallraff, el trato que recibían los turcos como mano de obra barata y despreciada en Alemania; Max du Preez y Jacques Pauw, la actuación de los escuadrones de la muerte del apartheid sudafricano; Amira Hass, los comportamientos abusivos de las tropas israelíes contra los palestinos; y Anna Politkovskaya, la guerra sucia de Chechenia, vigilancia que pagó con su vida. Son grandes nombres del periodismo del siglo XX, a los que hay que añadir cinco testimonios de ahora mismo sobre la guerra de Irak.

El problema de este tipo de antologías es llevar a cabo una selección que sea realmente abarcadora de cuanto se ha escrito en esa línea. Por fortuna para nosotros los periodistas, existe al alcance de todos una cantidad tan exuberante de material que podríamos llenar muchos tomos con tales crónicas y reportajes. Pero toda selección es arbitraria: toma un texto para dejar de lado muchos otros. Y eso provoca lamentaciones y reproches: cómo no se ha contado con tal autor, cómo se ha prescindido de una aportación de tal envergadura, aquella que impactó en determinada ocasión con enorme fuerza... Hay que partir de la base que se trata de la elección personal del editor, que jamás podrá englobar todo lo bueno que un día saltó a los periódicos. Pero, una vez aceptada esta premisa, se nos permitirá que señalemos la ausencia de autores de variada procedencia, desde Arthur Koestler a Ryszard Kapuściński, de George Orwell a Robert D. Kaplan: son nombres tan ligados a esta línea de expresión que es una lástima no encontrar sus huellas en la nómina de los grandes aquí seleccionados.

Otro inconveniente que algunos echarán en cara al autor es el sesgo que introduce en la selección. Cuando existe tal abundancia de oferta, necesariamente hay que tomar unos textos y dejar otros sin atender. Entonces entran en funcionamiento criterios variados y aún dispares que llevan a esa elección, algunos incluso muy discutibles. Es lo que explica de alguna manera en la introducción y hay que aceptar que eso es lo adecuado. Por otra parte, hubiéramos preferido que las páginas seleccionadas nos llegaran directamente de los medios: es lícito y conveniente que los periodistas se expresen a través de los libros, pero aunque estos adopten técnicas periodísticas, el periodismo se ejerce fundamentalmente en la prensa, radio, televisión e internet. Algo más todavía, ¿se trata realmente de periodismo de investigación como se anuncia en el título? Evidentemente, no, porque para nosotros éste presenta unas características bien definidas, pero es un sintagma que hizo tanta fortuna que se intenta aplicarlo a escritos bien diferentes, aun los que se enmarcan en esa tarea fundamental para los periodistas que es simplemente observar con los ojos bien abiertos lo que ocurre a su alrededor.

En conjunto, se trata de un excelente ofrecimiento que merecerá la consideración de los lectores y más de quienes nos dedicamos profesionalmente a estudiar los textos periodísticos. Es mucho lo que se ha denunciado hasta ahora en los periódicos, mas otros vendrán que seguirán este camino; habrán aprendido la lección y eso les animará a ofrecer su visión crítica, los datos que incriminan, el plantar cara a los soberbios y aprovechados... lo que esperan todos los ciudadanos para que la vida sea cada vez más humana y digna.

Juan CANTAVELLA

Universidad CEU San Pablo

**SINOVA, Justino, 2006: *La Prensa en la Segunda República española*.  
Barcelona, Debate, 566 páginas.**

Para gustos se hicieron los colores, según proclama el dicho popular. Desde esta *sabiduría* la parcialidad no existe. Así podríamos enjuiciar mejor la obra del profesor Sinova. Sin esa parcialidad nos adentraríamos mejor en esta densa obra sobre la Prensa en la Segunda República española. Interesante sí pero ¿parcial? Ya hemos dicho que la parcialidad no existe. Menos si cabe cuando sí está documentada con buen número de citas y anexos documentales. Una obra en la que las afirmaciones y argumentaciones son tan demoledoras que sería casi ir en contra del sentido común. Otra cosa sería debatir sobre la existencia de la imparcialidad. ¿Existe o no existe?

Cuando leemos este libro y resumimos nos deja perplejos comprobar que Manuel Azaña, al que por regla general la historia le dejó marcado con un halo de intelectualidad, aparece como la bestia negra para la Prensa: el gran censor de todos tiempos. Para rebatirlo tendríamos que ser unos grandes concededores de esta época del periodismo. Digo esto porque en principio parece ser una historia sobre el periodismo y no sobre política. Soy consciente de que es difícil deslindar la historia con las pasiones personales. No las filias ni las fobias, que eso es fácil. Las pasiones. Y, eso se nota. Con este ingrediente el libro tiene de positivo una narración con nervio. Su escritura es ágil y la presentación es buena.

El trabajo de Sinova tiene calidad en la conexión de los temas. Es de agradecer su inicio cronológico con el recibiendo del régimen republicano en la prensa. La explicación de los posicionamientos de medios de comunicación. Es curioso observar el giro de *ABC* en su edición de Madrid al principio y al final de esta época. En el año treinta y uno su fidelidad a la Corona. Cinco años más tarde- el 25 de julio del 1936, seis días después del golpe militar del 18 de julio- abrió su edición con una portada donde se leía Viva la República a toda página.

*ABC* junto con *El Debate* serían los periódicos más perseguidos por su línea derechista, monárquica o católica. Se llega a decir que Azaña detestaba a Andrés Herrera Oria, director de *El Debate* y en nuestros días más conocido como Cardenal Herrera Oria desde que en 1933 tomara hábitos.

En ese triángulo -tal cual concebimos hoy- se nos muestra la aversión a los medios poco afectos. Sinova no se olvida de la masonería de aquellos tiempos. Ni tampoco de cómo se pedía en el Parlamento que se dictarían unas normas específicas para normalizar la censura en la que aparece el Diario de Sesiones lleno de peticiones.

Como en la época franquista la figura del censor-entendiéndose al que hace efectiva la misma sobre un medio o una obra de creación artística o literaria- es la de un funcionario menospreciado por los censurados y curiosamente también por sus jefes. Unos personajes que no tienen nunca buen cartel. Recuérdese también los de la época franquista. El arquetipo de los franquistas censores que nos quedó es de unos tipos

vestidos con camisa azul y gorra roja en oscuros sótanos iluminados con un flexo. Guardianes de alma que borraban los guiones de nuestros artistas, como a Querejeta y Berlanga, por ejemplo. Sea de un bando u otro, nos queda claro que mermar la libertad de expresión es antidemocrático. Así como atentar contra la libertad de Prensa.

Los avatares de la Prensa en España desde 1931 a 1936 fueron difíciles, no cabe duda. Justino Sinova señala a los que cree que son los culpables. En ningún momento se tiene en cuenta las circunstancias políticas y sociales de un país que intentaba un desarrollo cultural. Existe un momento en la obra que casi se admite pero no lo hace.

Falta alguna aportación que otra sobre alguna figura señera, por ejemplo, la escasez de datos de Alejandro Lerroux, hombre clave para entender este periodo de la historia con más imparcialidad. Lerroux estuvo al frente del Partido Republicano Radical Socialista, que hoy día nos puede sonar a extrema izquierda pero que en realidad con la concepción actual sería un partido liberal y acaso de derechas por lo menos por su militancia y sus ideas. Era vital ahondar en la figura de Lerroux -al margen del partido que lideraba- porque además de político de gabinete era Presidente de la Asociación de la Prensa, del que se hace una caricatura autista cuando se van cerrando periódicos bajo su presidencia. Creo que este trato es injusto con este periodista. A mi entender se le ningunea tanto como político como periodista.

En esta obra no aparecen mujeres. Excepto una alusión a Dolores Ibarruri *La Pasionaria* sobre una proposición firmada por ella para pedir la suspensión de la prensa considerada reaccionaria tanto en Madrid como en provincias tras el asesinato de Calvo Sotelo. Otra referencia a Federica Montseny, a cuya familia pertenecía la publicación anarquista *El Luchador*. En un libro dedicado a la prensa en un lustro se saca la conclusión que no hubo mujeres periodistas. Se entiende que habría pocas pero que no se les cite en algún momento me parece extraño. Aconsejo un vistazo por el índice alfabético.

La obra de Sinova está estructurada siguiendo el proceder académico donde incluye notas bibliográficas y anexos documentales. Cuenta con 21 capítulos más prólogo, epílogo y conclusiones. Sobre estas últimas habría que resaltar cuando afirma: “La política de Prensa que se desarrolló durante la Segunda República afecta a la consideración del régimen. No hay sistema democrático allí donde se impide la libertad de expresión, aunque las medidas gubernamentales represoras afecten sólo a una parte de los medios de comunicación o de los ciudadanos. La Segunda República no sale bien librada de este examen.”

Olga PÉREZ ARROYO

Universidad Complutense de Madrid

**SORELA, Pedro, 2006:** *Dibujando la tormenta*. Madrid, Alianza Editorial, 470 páginas.

Este último libro de Pedro Sorela se nos presenta como un paseo a través de las vidas y obras de “cinco inventores de la escritura moderna” –Faulkner, Borges, Stendhal, Shakespeare y Saint-Exupéry-, al mismo tiempo que como un “apasionado y estimulante canto a la lectura”. Y, efectivamente, ambas cosas son ciertas. *Dibujando la tormenta* es, a la vez, un ejercicio modélico de cómo hacer una lectura inteligente y personal de los autores clásicos más solemnemente etiquetados y, también, un alegato tranquilo y reposado a favor de la tesis de que la lectura de esos autores aumenta con el tiempo y de que nada fue lo mismo después de sus libros: “la caligrafía de cada uno de ellos es reconocible en la escritura moderna”.

Afirma Sorela que escribió estos cinco ensayos biográficos después de abandonar el periodismo: “la ineludible derrota en la persecución del tiempo pero también, yo así lo creo, los años de acción o de su amago con que quizá debiera empezar una vida de escritor”. A mi juicio, esta afirmación requiere cierta matización explicativa para que el lector poco avisado valore adecuadamente la personalidad y la obra de Pedro Sorela. Verdad es que dejó el periodismo como actividad profesional, especializada en temas culturales dentro de la nómina de *El País* en los años más gloriosos de este rotativo, pero ha seguido intelectualmente vinculado a este oficio como profesor de Redacción periodística en la correspondiente facultad de la Universidad Complutense de Madrid. Además de sus clases de licenciatura, dentro del programa de doctorado imparte un curso monográfico sobre las fronteras internas de la escritura. Y es aquí donde Pedro Sorela es capaz de dar lo mejor de sí mismo como maestro de periodistas, al saber conjugar brillantemente su faceta de escritor de cuentos espléndidos y de novelas admirablemente sugerentes –por ejemplo, *Aire de Mar en Gádor*— con una poderosa capacidad para contagiar a los alumnos de su devoción como lector de obras literarias. Durante los años en que yo he sido director del departamento universitario de la Complutense en que está ubicado el citado programa de doctorado, he tenido continuas y repetidas muestras del fervor de sus alumnos por las clases del seminario a él encomendado. Por este motivo, la afirmación de que, in illo tēpore, abandonó el periodismo para ocuparse de otros menesteres debe ser puesta en tela de juicio e incluso enérgicamente rechazada. Los ensayos biográficos de *Dibujando la tormenta* demuestran que la veta periodística sigue viva en el profesor y, sobre todo, en el lector insaciable. En todo caso estaríamos en presencia de un profesor heterodoxo que no ha renunciado nunca a su anterior bagaje de periodista: la heterodoxia, efectivamente, es un rasgo muy definitorio del quehacer universitario de Pedro Sorela.

La selección de estos cinco hombres de letras responde exclusivamente al gusto personal de su autor y al único criterio confesado de que el placer de su lectura no sólo no defrauda, sino que va en aumento. Pero también hay algo más que explica la selección de estos cinco grandes por parte de Sorela: la convicción de que los todos

ellos fueron los principales diseñadores de las tormentas estéticas que produjeron en su día el cambio radical del paisaje, es decir, los inventores de la escritura moderna. Y mediante una inmersión inteligente, y yo diría que reflexivamente autobiográfica, nuestro profesor heterodoxo se adentra en las vidas de sus autores más admirados para descubrir en cada uno de ellos el rasgo fundamental que le confiere esa condición pionera de ser dibujantes empeñados en diseñar tormentas. Y de esta manera descubre que Faulkner intuyó que toda novela es una forma de poesía, que fue necesario que Borges tuviera que enfermar gravemente para llegar a abolir las fronteras internas de la literatura, que nuestra ignorancia casi absoluta sobre la vida de Shakespeare no es obstáculo para que sepamos de él lo que verdaderamente es importante, que Stendhal escribió para revivir su juventud heroica en Italia convencido de que antes de escribir una obra maestra es preciso haberla vivido antes, y, finalmente, que Saint-Exupéry hizo realidad un siglo después la previsión stendhaliana y fundió vida y escritura en una sola obra.

Mientras leía *Dibujando la tormenta* no pude menos que acordarme de un gran biógrafo de comienzos del siglo pasado: Stefan Zweig. De modo especial me vinieron a la mente sus tres grandes ensayos sobre creadores literarios, englobados estos tres libros dentro de una ambiciosa obra de varios volúmenes titulada globalmente “Los Arquitectos del Mundo”: *Tres maestros* (Balzac, Dickens, Dostoievski), *La lucha contra el demonio* (Hölderlin, Kleist, Nietzsche) y *Tres poetas de su vida* (Casanova, Stendhal, Tolstoi). En mi memoria conservo vivo todavía el impacto que me produjo el primero de los tres títulos. Y no pienso que sea una desmesura comparar este último trabajo de Pedro Sorela con los precedentes históricos que he señalado. Ambos ensayistas —Zweig y Sorela— se afanan en un trabajo que alguien ha descrito como propio de un “cazador de almas”, es decir, una tarea de introspección en el fuero interno de sus personajes con el objetivo de captar misteriosas claves psicológicas, sentimientos y motivaciones que para el común de los mortales pasan inadvertidos. Es más, según algunos historiadores de la Literatura, la verdadera labor del crítico literario consiste en adentrarse, mediante la introspección, en el mundo moral, filosófico y humano de los maestros creadores cuando plasman su obra de arte. La verdadera crítica, ha escrito el profesor Wenceslao Roces, no debe ser una “mera exégesis literaria, preceptiva escolástica o pulsación de escuelas y estilos”. Esta afirmación es válida para S. Zweig, como podemos deducir de su fecunda obra como biógrafo de los grandes arquitectos del espíritu, pero también Sorela, a tenor de sus propias palabras en la introducción del libro, piensa que el placer de la lectura es mayor si se conoce la vida de los autores. Y nuestro autor se manifiesta claramente en contra del malentendido académico “según el cual la literatura es un asfixiante sistema ordenado en función de los mas variopintos, no siempre convincentes, y en ocasiones bromistas criterios, desde la patria hasta el sexo, o de que la literatura es solo *texto*”. Y de esta manera, Pedro Sorela, del mismo modo que anteriormente hizo S. Zweig, nos brinda aquí un libro apasionante cuyo subtítulo bien podría haber sido “Cinco

ensayos psicológicos sobre grandes maestros de la literatura”.

Finalmente, dos palabras acerca de la galanura literaria de este trabajo. Sorela es un verdadero virtuoso del lenguaje, como ha demostrado ampliamente en sus muchas novelas. Pero en este libro llama la atención el asombroso dominio de los enlaces y transiciones en los cinco capítulos, cada uno de ellos de unas cien páginas continuas, de aliento mantenido, sin echar mano de epígrafes, intertítulos o llamadas tipográficas que faciliten al lector la cohesión del discurso. A cuerpo limpio, sin apoyos paralingüísticos de ninguna clase, la prosa descriptiva de Pedro Sorela va creciendo progresivamente, de forma armónica y siempre coherente, desde el arranque de cada ensayo biográfico hasta el punto final.

Lo he dicho al comienzo, pero no me importa repetirlo: *Dibujando la tormenta* es un apasionado y estimulante canto a la lectura. Sorela, por su experiencia como docente universitario, se muestra estupefacto ante la comprobación de que gran parte de los estudiantes de hoy son cada vez más ajenos a la palabra. Por todas partes se detecta una progresiva dificultad para conectar con la letra, con la palabra, para imaginar y entender lo que dicen esos sistemas de signos. Y concluye: “En lo que asombrosamente nadie repara es que la palabra, y no sólo en ella, es donde residen la imaginación que cuenta y la abstracción, y que imaginación y abstracción son las condiciones mismas de la libertad”.

José Luis M. ALBERTOS

Universidad Complutense de Madrid



**STEINER, George y LADJALI, Cécile, 2005: *Elogio de la transmisión*. Madrid, Siruela, 165 páginas.**

“¿Cuál sería, en nuestros días, la función del profesor?”, le preguntan en este libro al crítico, erudito, ensayista y aristócrata de la cultura, George Steiner. Y Steiner, profesor él mismo en Cambridge, Harvard y Ginebra, responde:

“Una especie de mártir. [...] Siempre digo a mis alumnos: ‘Uno no transige con sus pasiones. Las cosas que voy a tratar de presentarles son las que más me gustan’. [...] Si un estudiante percibe que uno está [...] poseído de alguna manera por aquello que enseña, es un primer paso. Quizá no esté de acuerdo; [...] pero escuchará: se trata del milagroso instante en que comienza a establecerse el diálogo con una pasión” (pp. 115-116).

La pregunta se la hace Cécile Ladjali, también profesora, pero ella de enseñanza secundaria, en el Instituto Evariste Galois de Seine-Saint-Denis, un barrio marginal de las afueras de París. Entre los dos mantienen una conversación, que es la base de este libro, sobre la transmisión del conocimiento, o lo que es lo mismo, sobre la enseñanza. Sirva este primer avance del contenido del libro de advertencia: No es un texto sobre periodismo, ni sobre comunicación, que sería lo propio en las páginas de esta revista. Tampoco ha aparecido en el último año, como suele ocurrir con los libros aquí reseñados. Pero dado su interés y dado también que tanto los autores como los lectores de estas páginas son en buena parte profesores, nos permitimos no sólo reseñarlo aquí y ahora, sino además, y sin ningún género de dudas, recomendarlo vivamente.

La relación entre Ladjali y Steiner comienza en 1998, cuando la joven profesora, fiel admiradora del maestro, está preparando un libro de sonetos escritos por sus alumnos y le escribe a Steiner a Cambridge, sin mucha esperanza en un principio, pidiéndole un prefacio para ese libro que acabará titulándose *Murmures*. “Ya se sabe – dice–: en nuestro trabajo, más de una vez nos vemos obligados a lanzar al mar botellas con mensaje... Pero, en este caso, la poesía ha servido de puente entre las dos orillas, por encima del abismo” (pp. 70-71).

En efecto, la poesía sirve de puente, y Steiner accede a escribir el prefacio. Gratamente sorprendido por los sonetos, el maestro elogia la labor de Ladjali con ese grupo de alumnos adolescentes, en su mayoría inmigrantes de origen magrebí y asiático, nada inclinados en un principio a la poesía en general y menos aún a una de corte clásico que nada tiene que ver con el *rap* ni con el lenguaje de barrio: “Tanto su carta como los escritos de sus alumnos me han emocionado profundamente. No es en la universidad donde se libran las más decisivas batallas contra la barbarie y el vacío, sino en la enseñanza secundaria, y en barriadas deprimidas como la de Seine-Saint-Denis” (p. 18). Y añade, en referencia a una escuela ideal del futuro forjada a partir de la poesía y de la intuición: “Sería una escuela en la que el alumno tendría permiso para cometer ese gran error que es la esperanza” (p.160).

Tras sucesivas cartas, maestro y profesora se reúnen en París en 1999. Participan

en programas de radio y hablan largamente en cafés sobre el valor de la enseñanza. Su diálogo queda recogido en siete capítulos que elogian la *transmisión* a través de la dificultad, la creatividad y la escuela, la gramática, la figura del profesor, los maestros, los clásicos y las clases. Todo ello precedido de un extenso prefacio de Ladjali de 67 páginas en el que muestra su profundo conocimiento de la obra de Steiner, con citas de varios de sus libros, entre ellos *Errata*, *Presencias Reales*, *Pasión intacta*, *Gramáticas de la creación* y *En el castillo de Barba Azul*.

Uno de los aspectos que más destaca Steiner en el proceso de aprendizaje, además de esa pasión que debe poner en juego todo profesor, es el papel de la memoria. Se lamenta de que ya no se aprenda nada de memoria porque lo aprendido gracias a ella, argumenta, cambia con nosotros, nos transforma y nos acompaña toda la vida. Nadie será capaz de arrebatarémoslo: “Lo que uno sabe de memoria es lo que pertenece a uno mismo, a pesar de los indeseables que gobiernan el mundo, de la policía secreta, de la brutalidad de las costumbres, o de la censura, que también existe entre nosotros y en todas sus formas” (pp. 77-78).

A propósito de los indeseables que gobiernan el mundo, precisamente, Steiner se lamenta también de que en nuestros días, y sobre todo en Estados Unidos, al contrario de lo que ocurría en la retórica clásica y europea, haya perdido valor una gramática desarrollada y sofisticada. Hablar demasiado bien, mantiene, es un síntoma claro de falta de honradez. Por el contrario, “quien susurra, quien balbucea, quien habla mal, ése es quien goza de la reputación de ser un hombre honrado” (p.103). Y pone como ejemplo a Bush, que “no es capaz de construir correctamente una frase medianamente complicada desde un punto de vista gramatical; sin embargo, se ufana de ello”.

Además de la gramática, el silencio es otro de los aspectos que se elogian en el libro. El maestro se escandaliza ante el ruido de las calles, de las casas actuales y ante datos que reflejan que el ochenta por ciento de los adolescentes no son capaces de estudiar sin tener de fondo el sonido agobiante de la radio, la televisión, o de algún tipo de música. Y es terrible, dice “porque el cerebro es incapaz de absorber, de forma simultánea, el ruido y el sentido de algo” (pp. 105-106).

Durante la conversación se suscitan también otros temas relativos a la enseñanza. Por ejemplo, cómo influye el sexo de los alumnos. Es Steiner quien le pregunta a la profesora sobre su experiencia en este sentido. La opinión de Ladjali, que se basa no sólo en *Murmures*, sino también en *Tohu-bohu*, una obra de teatro para la que pidió a cada uno de los sesenta alumnos que participaron nada menos que diez borradores, es favorable a las chicas. Ellas, dice, tienen menos prejuicios en este sentido. Los varones en la adolescencia, en cambio, ven en la poesía algo opuesto a la virilidad, aunque esto cambia y se normaliza en la enseñanza superior. Sobre el sexo de los profesores ambos están de acuerdo en que en los altos vuelos sigue prevaleciendo el masculino. Steiner cita como ejemplo dos casos ilustres como son los de Hannah Arendt y Simone Weil, que no tuvieron discípulas, y achaca la desigualdad a una herencia de la escuela

pitagórica, dos milenios antes de nuestra era. Tradicionalmente, dice Steiner, el modelo de maestro se ha asociado (y con ello volvemos a la cita del principio en la que se define al profesor como mártir) “al hombre que está dispuesto a sacrificar su vida por un valor intelectual, moral, abstracto, y cuyos discípulos saben que va a morir. Sócrates y Cristo son el arquetipo de maestro” (p. 134).

Difícil función la del maestro, desde luego. Sobre todo si se pretende llegar a los niveles que se citan aquí. Cuatro son las máximas que deben presidir su labor – “pasión, amabilidad, honradez, trabajo” (p. 35)-, a pesar de las cuales la tarea puede resultar agotadora y decepcionante, y generar una profunda acritud. Tal vez, en esos casos, el modelo con el que nos identifiquemos tenga menos que ver con los maestros citados y más con la frase lapidaria de Goethe: “Quien sabe cómo hacer algo lo hace; quien no lo sabe, se dedica a la enseñanza”. Pero, pese a todo, añade Steiner, esa labor también tiene una suprema recompensa: “La de encontrarse con un alumno mucho más capaz que uno mismo, que llegará mucho más lejos, y que quizá llegue a crear una obra que futuros profesores enseñarán” (p. 161). Es algo que a él le ha ocurrido cuatro veces en su vida, “lo que no deja de ser una cifra importante después de cincuenta años de enseñanza”. Gran recompensa, desde luego, para la que el maestro considera “quizá la profesión más enorgullecadora y, al mismo tiempo, la más humilde que existe”.

Pedro PANIAGUA SANTAMARÍA  
Universidad Complutense de Madrid

**SUÁREZ, Gonzalo**, 2006: *La suela de mis zapatos*. Barcelona, Seix Barral, 296 páginas.

Bajo el seudónimo de Martín Girard, el cineasta y escritor Gonzalo Suárez realizó, durante la década de los sesenta, una serie de crónicas periodísticas principalmente en Barcelona, caracterizadas por “una insolencia sutil, un fino sentido del humor y una lucidísima visión de la realidad”, según se dice en el texto de presentación de la contraportada del libro. Todos estos rasgos, en efecto, están presentes en esta recopilación que supone una “fantástica narración actual”, de aquellos años en los que la censura y un cierto provincianismo todavía estaban presentes en el seno de la sociedad española y que tan sólo unos cuantos, entre ellos la elitista *gauche divine*, se atrevían a desafiar. “Narración actual” quiere decir que se respetan los textos de entonces, pero acompañados por retoques actuales, sin que se sepa muy bien a veces, como dice Eduardo Mendoza en el prólogo que acompaña a esta edición, donde acaban unos y dónde empiezan otros, lo cual no supone en absoluto una crítica para la unidad de libro, sino más bien una serie de agudos engarces que ayudan a contextualizar los años vividos.

Como “precursor del nuevo periodismo” se le presenta también a Suárez -o, más bien, deberíamos decir Girard, pues es este nombre el que aparece a lo largo y ancho de todos los artículos y es con él con quien llegamos a familiarizarnos- en el texto antes citado. La presentación viene avalada incluso por dos citas de renombre: “Martín Girard hizo Nuevo Periodismo una década antes de que Tom Wolfe bautizara el invento” (Javier Cercas, *El cine de Gonzalo Suárez*, 2004); “Como todavía no había nacido Tom Wolfe, nadie supo entonces que lo que Martín Girard hacía era Nuevo Periodismo” (Juan Cueto, *Suárez y la Reina Roja*, 1981). La etiqueta, sin embargo, puede resultar algo pretenciosa, pues si bien es cierto que estos textos supusieron en su momento un soplo de aire fresco, una cierta ruptura formal, para el periodismo de la época, no lo es menos que el llamado Nuevo Periodismo norteamericano de los setenta aportó otros muchos elementos que no encontramos aquí. Si nos guiamos por el citado Wolfe, entre éstos cabe citar la técnica literaria, la extensión, un nuevo enfoque del punto de vista, una profundización mayor... Todo ello sin olvidar que ya en los sesenta Capote había subtítulo su *A sangre fría* como “novela de no ficción”. Y que el propio Wolfe, en esa misma década, había publicado *The Kandy-Kolored Flake Streamline Baby*, una recopilación de relatos aparecidos originalmente en el *Herald Tribune* de Nueva York.

Dejando al margen las etiquetas y su posible papel de precursor, lo que Suárez nos ofrece son una serie de crónicas ligeras, entrevistas, pequeñas reflexiones, que por momentos pueden resultar divertidas, interesantes, sorprendentes... que tratan en muchos casos de deportes, de fútbol y boxeo sobre todo, pero también de cultura, de cine, o de personajes anónimos que encendieron en su día la curiosidad del autor, y que transmiten en ocasiones esa emoción tan difícilmente definible que suele englobarse bajo lo que se conoce como “interés humano”. En su momento aparecieron

publicadas en diarios y semanarios como *El Noticiero Universal*, *La Gaceta Ilustrada*, *La Vanguardia*, y *Dicen*.

Martín Girard se inicia en el periodismo deportivo a través del entrenador de fútbol Helenio Herrera, segundo marido de su madre. Herrera, polémico y aclamado personaje del mundo del balón de esos años, entrenaba por entonces al Inter de Milán y empieza a requerir la ayuda de Girard para que le haga informes de los equipos rivales. Es entonces cuando el autor empieza a moverse por soltura no sólo por Barcelona, sino también por Madrid y Milán. En su periplo como espía y cronista se ve envuelto en situaciones rocambolescas, como cuando recibe el encargo de buscar en Barcelona y llevar a Italia un padre para un jugador de Cabo Verde que el Inter quiere nacionalizar. Tras varios candidatos, a cual más peregrino, que acaban en fracaso, nuestro autor topa con una familia italiana que se dedica al circo y que en esos días se encuentra de gira por España. En mitad de la carpa tiene lugar la reunión, en la que está presente no sólo el posible padre, sino también el resto de la familia, incluidos yernos y nueras. El candidato, un viejo acróbata que se había roto la espalda al caer sin red desde un trapecio y que se había salvado de la muerte tras rebotar en la joroba de un dromedario antes de llegar al suelo, desconfía. Pero sobre todo, dice Girard, tiene miedo (p. 16):

“Un pánico cervical a viajar con un desconocido como yo, cuyos ocultos propósitos, al parecer, se le antojaban siniestros. “*E se mi strappano le palle?*”, indagó suspicaz. “*E per cosa cazzo vuoi che le vogliano?*”, clamó su mujer. “¿Tiene este señor cara de capador?, terció una de las nueras. Puse cara de poco capador. Pero fueron los hijos los que le persuadieron. O me acompañaba por las buenas o iría por las malas. Las cuatro mujeres, a coro, le echaron en cara su invalidez. Puesto que ya no servía para otra cosa, lo haría por amor a la familia. Así se acordó”.

Éste es el tono, entre jocosos y sórdidos, por el que transcurren muchas de las historias que nos cuenta el libro. Aunque no siempre los personajes son tan siniestros. Aparecen también leyendas del fútbol, como Di Stefano, a quien nuestro autor recuerda con “su enfurruñamiento crónico, mientras fumaba desnudo en el vestuario tras los partidos” (p. 71). Otros, menos conocidos, presentan igualmente hábitos poco saludables para un deportista, como el boxeador cubano Robinson García:

“En los vestuarios, solía esperar el combate de turno leyendo una novelita del Oeste y fumándose un porro. Cuando venían a buscarle para salir al ring, tendía la mano y reclamaba “la lechuga”. Así llamaba a los billetes verdes. Un vez cumplido el requisito del cobro por adelantado, apagaba el porro y lo metía entre las páginas del libro, para seguir fumándoselo después de la pelea” (p. 106).

Pero no todo son malos hábitos. También hay elogios. De la *Saeta rubia* se dice también, por ejemplo, que si Pelé había sido el mejor director de orquesta de la historia del fútbol y Maradona el mejor solista, él había sido la orquesta completa, capaz de defender de atacar, de organizar y de marcar. El juicio es de Helenio Herrera, omnipresente en el libro, personaje autoritario y particular donde los haya, autor de axiomas célebres como “con diez se juega mejor” y poseedor de cuatro pasaportes

(argentino, español, italiano y francés) que usaba indistintamente según le conviniera. De Herrera describe Suárez no sólo su capacidad visionaria como estratega, sino también sus facciones (p. 287): “Cabello ondulado y compacto, mirada vivaz y huraña, rasgos pétreos, labios contraídos”. Y su frente, “amplia y demoledora. Como cuando, en Sevilla, rompió de un cabezazo la nariz a un transeúnte por piropear a mi madre”.

Un personaje que puso a prueba la pericia como reportero de Girard, periodista incansable que se vio en más ocasiones de las deseadas obligado a desgastar más de la cuenta las suelas de sus zapatos, fue precisamente Pelé. Encerrado en un hotel de Milán, donde la selección brasileña debía disputar un partido amistoso, no concedía entrevistas ni se dejaba ver por nadie ante el temor a la multitud de aficionados y *paparazzis* que cercaban el lugar. Pero nuestro paciente reportero, tras largas horas de espera y gracias a habilidades que no siempre desvela, logró la exclusiva, incluso con foto. Tanto ésta, donde aparece con *O Rei*, como muchas otras, en las que se retrata con los entrevistados, figuran publicadas en el libro. En ellas podemos ver, entre otros, a Luis Suárez, a Pedro Carrasco, a Kubala... Chillida, el escultor, también aparece en el libro aunque no en las fotos. De él, que fue en su juventud portero de la Real Sociedad, nos deja una curiosa relación entre el arte y el deporte: su paso por el fútbol le sirvió para apreciar más tarde el valor de los espacios.

Buñuel, el gran Buñuel, como le llama, fue otra de las celebridades que obligó a Girard a agudizar su ingenio. Refractario también a las entrevistas, y bebedor de brebajes espirituosos cuyos ingredientes sólo él conocía, se enfadó mucho cuando nuestro entrevistador se la jugó... periodísticamente hablando. En calidad de amigo de un amigo, Girard mantuvo con el genio de Calanda una larga conversación privada e informal que más tarde transcribió y convirtió en entrevista. Buñuel, a pesar de su enfado y tras exigir algunos retoques para no herir a terceros, acabó permitiendo su publicación.

Del mundo del cine aparecen también retratados Bardem, Paco Rabal... Del de las letras, Mihura, Gómez de la Serna, Bergamín... Otros artistas entrevistados son el pintor Manuel Viola, el actor de teatro Alberto Closas, el músico Charles Aznavour... Y junto a ellos, como decíamos, gente anónima que conmovió al autor en su momento, como esa pareja de cien y ciento diez años en la que la mujer muere por una nevada. Girard, al poco tiempo, encuentra que el hombre, el más anciano de la pareja, ha fallecido también. Su tristeza, sincera pero contenida, se muestra con la misma ingenuidad, también llamada insolencia y lucidez, con la que están escritas todas las páginas de este libro. Y no aflora sólo con las personas. Cuando por esa misma nevada muere una jirafa en el zoológico de Barcelona (p. 138), nuestro autor no puede dejar de preguntarse “¿cómo ha podido la muerte ascender por el largo termómetro de su cuello?” Y, sobre todo, “¿cómo entierran a las jirafas?”.

Pedro PANIAGUA SANTAMARÍA  
Universidad Complutense de Madrid

**VILLORO, Juan**, 2006: *Dios es redondo*. Barcelona, Anagrama, 284 páginas.

Siempre se suele asociar al periodismo deportivo, y más en concreto al fútbol, la idea de producir una literatura de escaso nivel intelectual, idea que sin duda se ve abonada por la gran cantidad de publicaciones y programas, tanto radiofónicos como audiovisuales, que efectivamente atienden a esa consigna. No es raro tampoco ver que los libros dedicados a este tema son a menudo condenados a rincones marginales de las páginas de crítica literaria, cuando no directamente silenciados o infravalorados como eternos representantes de un género considerado menor. Hay incluso quien afirma la absoluta incompatibilidad entre un texto dedicado a glosar las excelencias físicas –aunque, como veremos, no sólo de éstas vive el deporte- y el nivel cultural al que antes nos referíamos. Sin embargo, el asunto a tratar siempre ha sido algo independiente a la calidad literaria. Después de todo, las grandes obras de la literatura han abarcado históricamente todos los temas, todas las inquietudes que han acechado al hombre. Y entre estas inquietudes, claro está, siempre han estado presentes en cualquier narrativa de cualquier época la heroicidad, la gesta, el esfuerzo y, por supuesto, la pasión.

El libro que aquí reseñamos viene por lo tanto a desmentir algo que no necesita ser desmentido. La calidad, literaria o periodística, puede estar perfectamente asociada al deporte, e incluso al fútbol, como prueban muchos de los autores que aparecen en estas páginas, entre las que podemos encontrar a Walter Benjamín, los hermanos Grimm, Borges, Bioy Casares, Javier Marías, Julio Llamazares, Manuel Vicent, Álvaro Mutis... Y como prueba también el hecho de que el autor del libro, Juan Villoro (Ciudad de México, 1956), sea considerado en la actualidad como uno de los grandes escritores en castellano: “Cuando ya a nadie se le ocurría ni preguntar si es posible escribir la Gran Novela Mexicana, Villoro puso una en la mesa” (Álvaro Enrigue, *Letras Libres*). Enrigue se refiere a *El testigo* (Anagrama, 2004), pero igualmente podríamos citar otras obras que dan fe de la importancia literaria de Villoro, como *El disparo de argón* o el ensayo *Efectos personales* (Anagrama, 2001).

Villoro arranca con una preciosa cita de un niño de siete años. Se trata de Rodrigo Navarro Morales, del Instituto Alexander Bain, quien nos da su particular visión del nacimiento del mundo (p. 9):

“En el principio Dios iba a la escuela y se ponía a jugar al fútbol con sus amigos hasta que llegaba la hora de irse a sus salones. Aunque Dios sabe muchas cosas, quiere aprender más y hacer cosas nuevas. Un día Dios dijo: ‘Hoy trabajé mucho y es hora de ir a recreo’. Dios y sus amigos se pusieron a jugar fútbol y Dios chutó tan duro la pelota que cayó en un rosal y se pinchó. Al explotar la pelota se creó el universo y todas las cosas que conocemos.

Curiosa versión del Génesis, en efecto, aunque no más curiosa que cualquiera que nos sintamos inclinados a aceptar. De hecho, *Dios es redondo* “es una voz común que

viene del cristianismo neoplatónico, convencido de que la esfera expresa el sentido de perfección del creador”, nos dice el autor (p. 11). Pero, pese a este inicio, del libro no cabe esperar un cuento. Tampoco una reflexión futbolístico-religiosa, a no ser que entendamos el fútbol como una religión laica que llena los estadios, las mitologías y supersticiones de un juego “que sucede dos veces, en la cancha y en la mente del público” (p. 11). Del libro cabe esperar más bien una crónica reflexiva, o mejor, una serie de crónicas que provienen del último Mundial del siglo XX, el de Francia 98, y del primero del siglo XXI, el de Corea y Japón de 2002. Durante ese Mundial de Francia, al que Villoro acudió como enviado del periódico *La Jornada*, surgió la frase que da título al libro y que le sirvió entonces para encabezar las crónicas que enviaba.

Pero además de las crónicas de estos dos mundiales, *Dios es redondo* recoge reflexiones en torno al mundo del balón que giran alrededor de los asuntos más variados: la pasión africana, que ha legado al fútbol el concepto de la espera; otras distintas formas de pasión y de medir el tiempo; el más controvertido y genial de los practicantes de este deporte, Maradona; la liga española, rebautizada como liga de las estrellas; dos interesantes conversaciones con Jorge Valdano, de 1998 y 2005; y un epílogo que versa sobre las tres edades del fútbol, ese deporte que es algo que esperamos, pero también algo que termina. Todo ello estructurado en los mismos tiempos de un partido: Comienza con dos pequeños textos, “Calentamiento” y “Silbatazo inicial”. Prosigue con ocho capítulos que contienen los temas mencionados, el último de los cuales lleva por título “Tiempo Extra”. Y acaba con un “Silbatazo final”, no sin que antes, como no podía ser de otra forma, hayan aparecido por sus páginas otras leyendas como Cruyff, Di Stéfano y Pelé, y otros cronistas del fútbol y de la condición humana como Vázquez Montalbán, Montaigne y Marco Aurelio.

Al final podemos sacar la conclusión de que todo lo que se da en la vida se da también en el campo o tiene su representación en él. Pensemos en la soledad o en el gusto de una afición compartida (“Elegir un equipo es una forma de elegir cómo transcurren los domingos”, p. 17). Pensemos en la correlación que se puede dar entre la elección de equipo y la elección de idioma (Villoro, alumno en México del Colegio Alemán, vio cómo su infancia se enrarecía “por largas frases subordinadas”. Sólo hablaba español en el patio, cuando jugaba al fútbol. Por eso, dice, “patear una pelota y gritar en mi idioma eran actos idénticos”, p. 19). O pensemos en la locura (“El hombre en trance futbolístico sucumbe a un frenesí difícil de asociar con la razón pura”, p. 32). Aunque podemos pensar también, por ejemplo, en la política. En *La guerra del fútbol*, Ryszard Kapuściński, a quien Villoro cita en el capítulo dedicado a “Formas de la pasión”, narra la reyerta armada que siguió a un partido entre las selecciones de Honduras y El Salvador (p. 33).

Puestos a pensar, podemos hablar incluso del carácter nacional de cada pueblo. Del equipo, como elemento que define a un país: “México afloja en lo normal y se aplica en lo imposible” (p. 180); “El fútbol tiene una frase impronunciable: ‘Alemania está perdida’” (p. 181); “...a la amarga España le falta su elemento gitano: debió ir a



Francia con los siete yugoslavos y los cinco rumanos que militan en su liga” (p. 181). “Holanda sólo ganará el Mundial cuando sea menos feliz y se deje afectar por complejos y frustraciones que hasta ahora desconoce” (p. 46). “...en Brasil una situación equivalente (una derrota) hubiera llevado a miles de sacerdotisas a decapitar gallos a mordiscos y a algunos discapacitados a arrojar al mar con sus sillas de ruedas” (p. 46). “El fútbol estaba del lado de Portugal, pero también lo estaba su gusto por la tristeza” (p. 47). Algunos de estos equipos que describen a un país jugaron finales memorables que son rescatadas en el libro con la grandeza que merecen. Se rememoran, por ejemplo, la de Hungría-Alemania de 1954 en Suiza; la de Alemania-Holanda, de Alemania, en 1974; o la de Argentina-Holanda, en Argentina, en 1978.

Si el fútbol define a los pueblos, ciertos puestos en el equipo también pueden ser representativos de un carácter. El de guardameta, por ejemplo, que tan bien reflejó Handke en *El miedo del portero al penalti*, autor que, por cierto, también aparece citado en estas páginas. “El portero, el gran solitario de la contienda -dice Villoro- dispone de más tiempo para la reflexión, por eso suele ser el intelectual, el excéntrico, el líder o el gran bufón del equipo” (p. 61). Pero el portero de Handke, además, acabó siendo un asesino en su relato, lo cual nos trae a la cabeza ese carácter maldito que afecta a algunos jugadores o a algunos equipos, incluso tras haber sido aupados a la gloria absoluta. El caso más claro y más conocido que nos ofrece este libro es el de *El Pelusa*, autor del gol más bello en la historia de los mundiales y a quien se le dedica un capítulo entero. Villoro elogia el reportaje que de él hizo Jimmy Burns, bajo un título, *La mano de Dios*, que vuelve a tener tintes teológicos. El reportaje, dice, “hurga en la ropa sucia de su protagonista, lo vincula con la camorra y las interminables piernas de la modelo Heather Parisi, busca hijos ilegítimos, explora las patibularias adicciones del rey bufo de Nápoles...” (p. 91).

Carácter maldito, interminables piernas de modelos... En el fútbol, y en lo que le rodea, no está tampoco ausente, como vemos, el amor ni el sexo, aunque todo, como decíamos, tiene su representación en el campo, incluida “esa versión trascendente del orgasmo que es el gol” (p. 53). Pero volviendo a los alrededores del juego, y a versiones menos trascendentes de las necesidades fisiológicas de los futbolistas, cabe citar la propuesta que en su libro *Silbatazo inicial* desarrolla el ex portero de Alemania, Toni Schumacher y que Villoro ordena en un curioso teorema (p. 176):

“1) Un jugador no necesita el sexo a todas horas. 2) Se puede pensar en otras cosas además del sexo: “No somos gorilas”. 3) Los mundiales duran demasiado. 4) Es una ofensa invitar a las esposas sólo para usarlas como objetos sexuales. En consecuencia: 5) “Exigir abstinencia sexual durante muchas semanas es atentar contra la naturaleza. La solución objetiva es contratar sexo-servidoras”.

El fútbol, en fin, que todo lo tiene y que tiene mil formas de ser contado. Del libro, decíamos antes, no cabe esperar un cuento. Y así es, la más cruda realidad está presente en sus páginas. Como la de los *hooligans* ingleses, o la de esos *barras bravas*, que tras decretarse en un encuentro un minuto de silencio por la muerte de la madre

del árbitro, y ante una decisión adversa para su equipo, empiezan a coro a cantarle al colegiado “Huérfano de puta” (p. 189). Pero también hay escenas para soñar, para echar a volar la imaginación y para intentar restituir a un jugador la dignidad perdida. Villoro nos cuenta de forma magistral otro de los goles más famosos de los mundiales, gol que fue también el más decepcionante para la hinchada más festiva del planeta, la *torcida*. Ocurrió en Brasil, en 1950, en el estadio Maracaná de Río. La final de ese mundial enfrentaba al equipo anfitrión y a Uruguay, en lo que desde entonces se conoce como el *maracanazo*. Brasil era el campeón vigente y el favorito claro, pero ganó Uruguay con un tanto que le supuso al meta Moacyr Barbosa la condena de todo un país hasta su muerte, medio siglo después, pese a haber sido elegido el mejor jugador del campeonato y haber llevado a su equipo, el *Vasco da Gama*, a ganar innumerables títulos. El autor ralentiza el momento en que el portero se estira, logra desviar el balón creyendo que había impedido el gol, y por fin cae a la hierba y se percata de la cruel realidad. “Congelemos para siempre la estirada”, dice Villoro (p. 80): “Un joven portero negro está en el aire; siente el contacto con la pelota y cree que ha salvado a los suyos. Es feliz. Está ahí, aislado en el silencio de lo que aún no se decide, en el instante en que merece que lo recordemos”... Momentos mágicos, crónicas sin resultado escritas como un diario que son todo un monumento a la sabiduría ancestral del fútbol y de la vida.

Pedro PANIAGUA SANTAMARÍA  
Universidad Complutense de Madrid